

A photograph of a pregnant woman with long blonde hair, wearing a white tank top, standing on a beach with the ocean in the background. She is gently holding her belly.

Baby MOON

ABBY KNOX

Baby MOON

ABBY KNOX

Sotelo, gracias K. Cross



El piloto isleño Austin conoce a mucha gente interesante. Pero nunca ha conocido a nadie como Sierra. Cuando se entera de que estas son sus últimas vacaciones antes de asumir las responsabilidades de la maternidad, se encuentra deseando ser papá por primera vez en su vida. Nunca se ha planteado sentar cabeza, pero cuando la mira a los ojos, no puede imaginar no formar una familia.

Sierra lleva toda la vida deseando tener un bebé, pero la vida aún no le ha proporcionado una pareja para hacerlo realidad. Antes de tomar cartas en el asunto con la ayuda de los médicos especialistas en fertilidad, deja la ciudad para vivir una última aventura salvaje con su mejor amiga. Cuando el rudo piloto de la isla se entera de los planes de Sierra, le hace una oferta escandalosa. Es absolutamente ridículo siquiera considerar algo así... ¿o no?

Capítulo 1

AUSTIN



Las dos mujeres que se acercan a mi avión parecen mejores amigas que acaban de salirse con la suya en el atraco del siglo.

La alta, con el pelo largo trenzado, se tapa la boca, riéndose sin parar de una historia que cuenta la más baja. La rubia, de 1,65 metros y bronceada, lleva un vestido holgado que oculta su pequeña estatura. —...así que le dije: 'No sé dónde está. Pero si no está en la iglesia el día de su boda, eso podría ser una pista de que no va a participar en tu farsa de boda. Tal vez para cuando ella vuelva a aparecer, tu cabeza habrá vuelto a salir de tu culo, Sr. Pierce.

La alta morena sacude la cabeza. —Esta historia nunca va a pasar de moda.

Vuelvo a comprobar mi manifiesto de vuelo: Sierra Kennedy y Jax Pierce.

Las dos levantan sus vasos de novios a juego, tintineando juntas en un brindis improvisado. Curioso.

—Por la historia antigua. — dice la rubia bañada por el sol.

— ¡Por los nuevos comienzos!— exclama la alta.

He llevado a todo tipo de visitantes de isla en isla en esta pequeña franja del Pacífico Sur. Gángsters, estrellas de cine, políticos y financieros de poca monta acuden a esta remota franja del paraíso. Las cosas que he escuchado llenarían un libro. Podría escribirlo, pero nadie lo creería. O podría hacer que me matasen por contar secretos.

Sotelo, gracias K. Cross

Las mujeres que están frente a mí se presentan y me entero de que la alta —supuestamente la protagonista de la historia de la novia fugitiva— es Jax. La rubia bajita que despierta mi interés es Sierra. Por supuesto, lo es. Es terrenal, con curvas, besada por el sol, y tiene las pecas más dulces que jamás he visto salpicando su nariz.

Una fuerte brisa marina le quita el sombrero de paja a la pequeña rubia, cuyo vestido transparente se levanta al mismo tiempo. Durante unos breves segundos, me parece ver ropa interior. Sin embargo, pronto me doy cuenta de que estoy viendo una braguita de bikini de lunares azul marino. Las cuerdas que cuelgan acentúan un conjunto de caderas curvilíneas, el tipo de caderas que desencadenan un montón de pensamientos inapropiados. Sé que es poco profesional dejar que mi mente divague mientras miro a una pasajera, pero no puedo evitarlo. La imagen está ahí antes de que pueda pensar en apagarla. Y lo que pienso es en lo mucho que me gustaría agarrar esas dulces caderas mientras me cuenta toda la historia de la novia fugitiva, empezando por el principio. Quiero oírla decir más cosas, sobre todo mientras tiro de esos hilos. Tal vez incluso la deje terminar la historia antes de que esas nalgas caigan al suelo.

Pero eso no va a suceder. No estoy interesado en involucrarme con un huésped del complejo. Esa gente no se queda mucho tiempo. ¿Y yo? Soy un tipo de largo recorrido. No estoy interesado en aventuras. Ni siquiera con esta pequeña y encantadora petardo que está provocando pensamientos que hacen que mi polla se retuerza.

Sierra grita y empieza a correr tras su sombrero, tropezando ligeramente con sus altas alpargatas. Pero soy más rápido. Cuando vuelvo a ponerle el sombrero en la cabeza y nuestras miradas se cruzan, asiento y le dedico una sonrisa apretada, intentando controlar mis emociones, esperando como el demonio que no vea el animal enjaulado que ha despertado con esa dulce sonrisa. Parpadea y veo que es alguien especial. Seguramente alguien en casa la ama.

Pero puedo mirar.

Sierra se sonroja, y sus ojos bajan mientras rebusca en su bolso en busca de algo, y luego me entrega un sobre con billetes. —Antes de que se me olvide. — dice, sonriendo tímidamente.

Al principio no sé lo que está haciendo: estoy demasiado atrapado en sus labios, ligeramente curvados hacia arriba. Sus mejillas bronceadas y pecosas adquieren un bonito tono rosado cuando la miro fijamente.

Frunzo el ceño ante el montón de billetes que tiene en la mano y niego. —Sin propinas, señora. Ya me han pagado como parte de su paquete de viaje con todo incluido. — le explico.

Su amiga se vuelve hacia ella. — ¿Ves? Te dije que así es como funciona.

—Pero seguramente...— empieza a insistir Sierra, agitando el sobre hacia mí.

—No, gracias. — le digo, colocando mis manos sobre las suyas. El calor que se transfiere de sus manos a las mías me empuja a la resolución.

La conexión instantánea podría quemar uno de mis motores de avión por proximidad. —No aceptaré dinero de ti. Pero necesitaré tu número de teléfono.

Una mancha rosa aparece en las clavículas de Sierra.

—Uh...— Se ríe, y me doy cuenta de que lo que acabo de decir podría tomarse a mal.

Jax exclama: — ¡Oh! Para que nos avises cuando el avión esté listo para llevarnos de vuelta a la isla principal dentro de dos semanas. Obviamente. El agente de viajes dijo algo de que tú estableces tu propio horario.

Los ojos de Sierra recorren mis hombros, y cambio mi peso, poniéndome firme, deseando que mi polla traidora se calme.

—Exactamente. — Mantengo mis ojos fijos en Jax, necesitando evitar la mirada expectante de Sierra. Esos ojos curiosos y los labios separados de la pequeña rubia son una trampa.

Sierra vuelve a meter los billetes en su bolso y utiliza su teléfono para pasar su información de contacto a mi teléfono en un intercambio que me desafía a no mirar su cara, su pelo, la suave piel de sus manos. No quiero mirar. Lo tengo claro.

El problema es que todas las demás partes de mi cuerpo también están formadas, oponiéndose directamente a mi mente racional.

Sotelo, gracias K. Cross

Capítulo 2

SIERRA



Menos mal que el piloto lleva auriculares y no puede oír ni una palabra de lo que Jax y yo nos decimos. Parecemos idiotas borrachas.

Además de hablar un poco mal gracias a los margaritas que el camarero del aeropuerto ha tenido la amabilidad de servirnos en nuestras copas, el tema no es algo que quiera compartir con extraños.

Ya hemos hablado de su huida por los pelos de un matrimonio concertado, y ahora no tengo escapatoria de lo que Jax quiere hablar. A menos que quiera saltar en paracaídas desde este Cessna. Puede que lo intente.

Cuando Jax me pidió que la acompañara en su supuesta luna de miel a las islas Pearl Crescent, le sugerí que nos fuéramos una semana antes y que pasáramos algún tiempo en la ciudad de Pearl Island antes de ir al resort en Little Loggerhead. Después de investigar un poco, me enteré de que el centro de la ciudad de la isla grande tiene excelentes tiendas, una universidad, buenos hospitales y una clínica de fertilidad de renombre mundial. He decidido que puedo hacer lo que necesito aquí tan bien como en cualquier otro sitio. A mi familia no le entusiasma mi decisión de tener un bebé por mi cuenta. Así que es mejor que lo haga en el paraíso, lejos de sus ojos juzgadores.

Mis padres no parecen darse cuenta de que tengo casi 30 años y que he querido tener un bebé toda mi vida. De niña, no había nada con lo que quisiera jugar más que con muñecos de bebé, cochecitos de juguete y cunas diminutas. Ahora que soy adulta, soy más aventurera que hogareña, pero la idea de tener un bebé nunca me ha

Sotelo, gracias K. Cross

abandonado. Cuando cierro los ojos, nos veo a mí y a un niño o una niña pequeños, cogidos de la mano, caminando hacia el parque. Nunca se me ha revelado una pareja adecuada, y eso está bien. Tengo el tiempo, los recursos y las ganas de criar a un bebé yo sola.

—No puedo creer que este sea nuestro último viaje de chicas. ¿Realmente tienes que pasar por la inseminación? Quiero decir, ¿un bebé? Es tan... tan... ¡final!

Jax tiene un don para lo dramático.

Me río de ella. —Mi vida no se va a acabar solo porque vaya a tener un bebé, ¿sabes?

Echa la cabeza hacia atrás y la mueve de un lado a otro como si no pudiera creer lo que está oyendo.

—Nena. — contesta. —Sierra... mi mejor amiga... una mamá... yo solo... wow.

Sonrío y doy un sorbo a mi vaso. —Sólido argumento, pero lo voy a hacer.

— ¿Pero por qué?

Quiero a mi Jax, pero tener un bebé no es el fin del mundo.

—Porque...— le respondo. —siempre he querido un bebé. Siempre lo he sentido en mi alma. De alguna manera, siempre he sabido que estaba hecha para ello. Además, la semana que viene cumpla treinta años, y siempre he dicho que si no estaba casada y embarazada a los treinta años, lo haría por mi cuenta. Y quiero vivir una gran aventura con mi mejor amiga antes de estar embarazada.

Un fuerte eructo sale de la garganta de Jax, y el piloto nos mira por encima del hombro. —Tirar sus galletas en mi avión es una de esas cosas que no se incluyen en su paquete todo incluido.

Jax señala y se ríe del comentario de nuestro piloto. —Eres gracioso. — Se vuelve hacia mí y vocaliza: —y caliente como la mierda.

Mis ojos se ponen en blanco con tanta fuerza que podrían quedarse así. —Jax. Oh, Dios mío.

Arqueando una ceja, se inclina hacia delante y pone una mano en mi rodilla. —De acuerdo. Escucha. — Su clásico movimiento

Sotelo, gracias K. Cross

cuando está achispada es recordarle a una persona que escuche cuando, de hecho, ya está escuchando. Es tan linda que podría abrazarla. —Prometo no molestarte más sobre tu futura relación con un baster de pavos si prometes que en este viaje, al menos considerarás ser embarazada por un extraño romántico y apuesto.

Ahora está oficialmente borracha. Y loca de remate.

Me carcajeo. — ¿En qué universo el hecho de que un desconocido me deje embarazada hace que las cosas sean menos complicadas?

Jax se atraganta con su margarita y le quito el vaso de las manos. Creo que ya ha tenido suficiente hasta que aterricemos. — ¡No lo hace! Pero seguro que es más divertido, romántico y aventurero. Por no mencionar que tendrás una historia increíble para recordar.

—Si por aventurero te refieres a un juego de '¿Contraeré o no el herpes en mis vacaciones en una isla con todo incluido? Entonces, claro. Qué aventura más romántica.

— ¡Mejor que una clínica de fertilidad estéril con guantes de goma y espermatozoides de Harvard refrigerados!

Ahora me estoy ahogando. —El donante es un profesor de la Universidad Johns Hopkins, muchas gracias. — la corrijo.

Me fulmina con la mirada. —No importa. Solo prométeme que mantendrás tus opciones abiertas.

Vuelvo a mirar a Jax y contemplo la posibilidad de que no me acose cada cinco minutos para que mantenga la mente abierta. Entonces, miento. —Por supuesto que lo haré. Pero piénsalo de esta manera, sea cual sea la forma en que me quede embarazada, tú serás la tía genial.

Mi mejor amiga se revuelve su larga y gruesa trenza y frunce los labios pensativa. —Mmmm. Siempre me he considerado la tía loca.

Asintiendo, la bautizo como la tía loca Jax, y le paso el vaso para que podamos hacer un brindis.

— ¡Por la Luna de Bebé de Sierra!

— ¡Por mi Luna de Bebé!

El avión se inclina hacia la izquierda y lo veo. Little Loggerhead Island: una masa de tierra oblonga de densa jungla, que abraza un volcán inactivo en un extremo y el exclusivo Cerulean Resort and Spa en el otro. Las playas de arena blanca rodean toda la isla. El agua turquesa es tan clara que puedo ver la línea de arrecifes de coral desde la orilla hasta kilómetros de distancia. Más allá de la isla privada hay una línea en forma de media luna de islas y cayos más pequeños, así como una salpicadura de masas de tierra que no son más que bancos de arena con algunas rocas y densos árboles.

Jax jadea y señala por la ventana una pequeña franja de tierra verde al sur de Little Loggerhead. —Ahí está Temple Island. Ahí es donde vamos a hacer donkey yoga por la mañana. Solo se puede acceder en kayak. — informa Jax con su voz de portavoz.

—Oh, no, muchas gracias. Estaré bebiendo ron con los pies en la arena a esa hora.

Jax ladea la cabeza. —Es a las nueve de la mañana.

—Escucha. La luna de bebé es para tomar malas decisiones por última vez antes de tener que ser responsable de otro humano. El yoga no encaja en la misión de luna de bebé.

— ¿Y el parasailing? ¿Y el buceo en acantilados? ¿Y el paseo en bicicleta de montaña al atardecer en Captain Pete's Cove?

Me doy un golpecito con el dedo en el labio y recorro la lista. — Tal vez. Posiblemente. Y solo si me llevan en la bici detrás de uno de esos pedicabs.

—Aquí no los hay.

El ruido del motor aumenta varios decibelios en nuestro descenso, y las copas de los árboles están ahora tan cerca que me agarro al cojín del asiento, temiendo que nos estrellamos contra una montaña y muera entre los restos o por el ataque de un caimán. Espera, ¿hay caimanes aquí? La flora y la fauna locales son cosas que no me había molestado en buscar.

Desde este ángulo, no veo la pequeña pista de aterrizaje al otro lado de la línea de árboles. Cuando la veo, suelto un suspiro.

—En ese caso...— digo alegremente. —recibiré un tratamiento de spa al atardecer. Lo siento, recorrido en bicicleta al atardecer.

— ¿Todas las noches?

—No. Otras noches, estaré fuera cumpliendo mi parte de nuestro acuerdo. Descubriendo un donante de esperma caliente de la isla en lugar de un frío y clínico semen de profesor. Tal y como sugeriste. — Le guiño un ojo para hacerle saber que no voy a hacer tal cosa; qué idea más ridícula.

Jax se tapa la boca mientras se carcajea. —De las dos, tú eres la tía loca.

Sonrío y observo la parte posterior de la cabeza de nuestro piloto y rezo a cualquier dios que adoren en las islas Pearl Crescent para que no haya oído ni una palabra de lo que hemos estado diciendo.

Capítulo 3

AUSTIN



—Pensé que estabas de vacaciones.

Sam, el camarero, se pregunta con razón qué hago todavía aquí, en la isla Little Loggerhead.

Señalo la camiseta de la tienda de surf y las bermudas que llevo puestas. — ¿No parezco un turista?

Se ríe. —Claro que sí. Me imaginaba que ya te habrías ido.

Me encojo de hombros. —Iba a ir a Las Vegas a ver a algunos compañeros de mi unidad, pero la última vez que lo hice, había un montón de niños y bebés y se hablaba de la escuela. Si voy ahora, todos hablarán de la universidad y demás. Y luego estoy yo. Sin esposa. Sin hijos. No hay mucho de qué hablar.

Sam abre una segunda cerveza y toma la mía vacía. —Ya lo veo. Quizá sea el momento de dar el paso tú mismo.

Sonrío con pesar e ignoro la sugerencia. —Sabes, estoy pensando en quedarme aquí y disfrutar de las islas fuera de servicio.

Tengo dos semanas de vacaciones ahorradas, y podría gastar el dinero que he ahorrado para ir a otro sitio y alejarme de las islas donde trabajo todos los días. Podría tomarme una cerveza en cualquier parte del mundo, además de aquí, en el muelle, desgastando mi taburete habitual en el Mumbling Ahab con los capitanes de barco y los marineros. Doy un sorbo a mi cerveza y admiro la puesta de sol sobre el agua, viendo a los grupos de invitados y amantes pasear de la mano.

Sotelo, gracias K. Cross

Es entonces cuando la veo: Sierra y su amiga Jax. Las oigo antes de verlas. Las risas familiares y las bromas ruidosas no han disminuido desde que desembarcaron en la pista de aterrizaje, donde se las entregué al conductor del servicio de transporte del resort.

A pesar de que mi indomable libido se alegra de ver a Sierra, no estoy tan emocionado de ver su blusa y pantalones cortos extra cortos.

Cuando veo que algunos en los yates miran el culo de Sierra, mi actitud pasa de no estar tan emocionada a estar muy molesta. Esas dos mujeres borrachas se van a meter en un buen lío.

Mientras veo a Sierra tomar chupitos en el bar con su amiga, los yates intentan entrometerse en su charla de chicas ligeramente borrachas.

—Hombre. — Sam ha estado hablando y lo he dejado de lado. Me doy la vuelta. —Lo siento, ¿qué?

Se ríe. —Estaba diciendo que deberías pensar en una novia por correo si vas a quedarte aquí y trabajar indefinidamente. Conozco a un tipo.

—No necesito una novia por correo, o un servicio de citas para el caso. Oye Sam, hazme un favor. Corta con esas dos mujeres. — le digo. —Tengo un mal presentimiento sobre esos dos marineros de ahí.

Veo como Sierra y Jax se acercan a la barra y piden dos margaritas. Sam mira de mí a ellas y dice: —Lo siento, señoras. No se me permite seguir sirviendo cuando los clientes están visiblemente intoxicados. Es una medida de seguridad. Lo siento mucho.

Es una mentira descarada, pero funciona. Veo a las mujeres escabullirse, solo ligeramente decepcionadas. —Bueno, de todas formas mañana tenemos donkey yoga. — dice Jax burlonamente.

—Lo que sea. — responde Sierra, riendo.

Veo cómo dos navegantes que han estado mirando a las damas se levantan y pagan su cuenta, y luego siguen a Jax y Sierra unos veinte pasos detrás de ellos.

Es un largo camino de vuelta al hotel desde el muelle; esta propiedad se extiende. Las mujeres se ciñen al paseo marítimo iluminado a lo largo de la playa. Cuando llegamos al hotel, todavía

Sotelo, gracias K. Cross

puedo oír a los dos hombres murmurando y riendo en voz baja. Entonces, se apresuran a abrirles las puertas.

—Señoras. — dice uno de ellos, lanzándoles una brillante y blanca sonrisa.

El otro dice: —Déjennos acompañarlas a su habitación.

Afortunadamente, las dos mujeres son lo suficientemente conscientes de su situación para rechazarlos. —No es necesario. — dice Jax.

Sin embargo, los dos jóvenes no se dan por aludidos. Los sigo escaleras arriba y por el pasillo.

Jax tantea con su tarjeta de acceso y uno de los hombres se la quita. —Permíteme.

El otro hombre pone una mano en la espalda de Sierra, y ella se congela, con los ojos muy abiertos.

—No será necesario. — digo, acercándome, arrebatándole la tarjeta al hombre e introduciéndola en el lector de tarjetas. —Cerulean Resort and Spa les agradece que hayan acompañado a nuestras huéspedes a sus habitaciones. Ya pueden volver a su barco.

Los dos tripulantes de las lanchas blancas me miran como si me hubiera crecido una tercera cabeza, pero luego murmuran, se encogen de hombros y se alejan, maldiciendo en voz baja. Al menos saben que es mejor para su salud evitar encender mi mecha.

Jax me lanza una expresión severa. —No vas a intentar invitarte a un trío, ¿verdad? Porque como les dijimos a esos tipos, no nos gusta el ménage.

Desde luego, no estoy interesado en un trío. Miro a Sierra, que sonríe y se muerde el labio. —No. No, no me interesa.

Jax toma aire. — ¡Te reconozco por tu voz! Eres Piloto.

Sierra parpadea varias veces, y luego el reconocimiento inunda su rostro. — ¡Eres tú! Lo siento, no te reconocí sin la gorra y las gafas de sol. — Se balancea un poco e instintivamente, le tiendo la mano para ayudarla a mantenerse firme. Cuando mi mano roza su cadera, mi pulso se acelera.

—Eres... como... realmente soñador. De una manera mandona, que se hace cargo. — Las consonantes de Sierra son gruesas y arrastradas por los efectos del tequila.

Me froto las manos, sin querer irme pero sabiendo que debo hacerlo. Es inútil mantener una conversación que no va a recordar. — Ve a beber agua. — le digo con rudeza, retrocediendo y apartando la mano de su cadera.

Jax tiene hipo y entra a trompicones en la habitación. Sierra hace el movimiento de hombros más adorable del mundo y luego dice, imitando a Marilyn Monroe: —Sí, papi. — Ese mohín la va a meter en problemas. Pero no con cualquier navegante al azar. Conmigo.

Sus preciosos ojos, aunque inyectados en sangre, se quedan clavados en los míos mientras cierra la puerta del hotel. Me alejo frustrado, consolado por haber hecho mi buena acción del día.

Al salir del hotel, me detengo en el mostrador principal para pedir a Sierra y Jax el tan necesario servicio de habitaciones de medianoche: tortillas, Tylenol y la botella de agua más grande que la cocina pueda proporcionar.

Capítulo 4

SIERRA



— ¿Quién está lista para el donkey yoga?!— Realmente no debería gritar a la Jax con resaca, que se ha desmayado en el sillón de la zona de estar de nuestra suite.

Chasquea los labios, haciendo ese ruido seco y repugnante que me hace temblar, pero estoy lista con un vaso de agua y algunos medicamentos de venta libre. Abriendo un ojo para mirarme fijamente, toma mis ofrendas. —Gracias.

Me siento muy bien, gracias a la entrega sorpresa de huevos y medicinas para el dolor de cabeza que hizo el hotel anoche.

Después de beber toda el agua, Jax pregunta qué hora es. Compruebo mi reloj: —Tenemos quince minutos para prepararnos para la canoa que nos llevará a Temple Island.

Cualquier otra persona en este mundo con tanta resaca como Jax habría cancelado, pero no mi Jax. Se levanta, se toma el agua, se echa el pelo hacia atrás y se prepara para salir. Como modelo profesional, está acostumbrada a recomponerse y a poner el espectáculo en marcha, pase lo que pase. —Kayak. No canoa. Y me alegro de que hayas decidido acompañarme.

Ya estoy vestida con mis pantalones cortos de yoga y me he recogido el pelo en un nudo.

¿Por qué no abrazar el espíritu del consejo de Jax y estar abierta a la aventura? Es decir, no voy a ir a buscar a alguien que engendre a

Sotelo, gracias K. Cross

mi bebé en esta isla, pero por otro lado, si me quedo borracha durante dos semanas, me perderé un montón de cosas.

—He reservado un masaje en la playa de Mossy Grove justo después, así que mientras estemos de regreso a tiempo, estoy bien para ir. — digo, refiriéndome al spa interno del resort.

Una hora después, estoy completamente feliz. Por fin me siento de vacaciones. Todo lo que hizo falta fue una excursión en kayak, un intenso yoga al aire libre con vistas al océano, y darles unas buenas caricias a unos adorables burros en la playa de Temple Island. Tenía curiosidad por saber cómo se comportarían los burros en una clase de yoga; sobre todo, se pasearon y acariciaron a todo el mundo mientras estábamos en el Perro hacia abajo; y el yogui animó a todo el mundo a dar caricias mientras estaba en la postura del Guerrero.

El único momento no perfecto fue cuando nuestro guía de kayak tuvo que rescatar a Jax, que volcó su kayak al ver un tiburón que resultó ser inofensivo.

Me despido de Jax en el muelle de Little Loggerhead Island mientras se aleja para tomar el sol en la playa más cercana.

El masaje resulta ser una gran idea. Estoy tumbada, casi desnuda, en una cómoda camilla de masaje a pocos metros del oleaje. Es una maravilla. Esta masajista sabe lo que hace, o hace demasiado tiempo que no me dan un masaje. Probablemente ambas cosas.

Me comenta lo tensos que tengo los hombros y charlamos sobre a qué me dedico. Le digo que trabajo con caballos, lo cual es parcialmente cierto. No le digo que soy voluntaria en un rancho de rescate de caballos de terapia. No me gusta anunciar a los desconocidos que no tengo un trabajo bien remunerado y que nunca lo he tenido. Dejé la universidad y, por tanto, no conseguí el esperado título de señora graduada. Mis padres me “dejan” a regañadientes hacerme cargo del negocio familiar a pesar de mi falta de marido, pero no me interesa mucho el negocio familiar. Los bienes inmuebles no me interesan.

—Esos caballos te hacen trabajar. Tienes la espalda muy tensa.

Sotelo, gracias K. Cross

Gruño en señal de acuerdo, no porque sea maleducada, sino porque estoy empezando a dormirme.

Justo cuando mis ojos están a punto de cerrarse, una figura alta se asoma a la entrada de la cabaña.

—Hola, Estelle. ¿Cómo lo llevas?

Estelle debe de ser el nombre de mi masajista, porque cuando abro los ojos y miro por encima del hombro, la veo sonreír, sacudir la cabeza y saludar con un gesto al hombre.

Nos miramos a los ojos y se me revuelve el estómago. Piloto está interrumpiendo mi masaje, y está usando una bata de felpa como la que me dio el personal. Bueno, una bata de felpa mucho más grande.

— ¿Hola?— le digo.

Me ve y todo su comportamiento cambia de repente. Había sido informal y bromista con la masajista, a la que parece conocer bien. La mirada que me dirige es algo parecido al horror, que rápidamente se convierte en piedra. —Oh, lo siento.

Le dirijo una mirada de perplejidad. —Estoy bastante segura de haber reservado un masaje privado. — digo.

—Puedo irme.

Bueno. Está claro que no está interesado en coquetear conmigo, así que no pasa nada por dejar que se quede. —No, está bien. Estoy a punto de dormirme de todos modos. — digo.

Un segundo masajista sigue a Piloto en la cabaña, y miro hacia otro lado cuando deja caer su toalla y se desliza bajo la sábana en la segunda mesa a unos metros de distancia. Esto es extrañamente íntimo, pero me recuerdo a mí misma que debo relajarme y asimilarlo. Así es la vida en la isla.

En ese momento, se me cae el estómago y el corazón se me sube a la garganta porque de repente recuerdo algo de la noche anterior. Al cerrar la puerta... ¿le llamé papi?

Vuelvo la cara en dirección a la otra mesa. —Me siento tonta al preguntar esto, pero no he atrapado tu nombre. — digo.

—Austin Fisher. Y tú eres Sierra Kennedy.

Sotelo, gracias K. Cross

Me río entre dientes. —Buena memoria.

—Siempre memorizo mi manifiesto de vuelo.

La forma ronca en que habla envía una ola de calor sobre mi espalda, aunque la brisa del océano que entra en nuestra cabaña se siente fresca en este momento.

—Encantada de conocerte oficialmente, Austin Fisher.

Jax va a recibir un gran agradecimiento de mi parte más tarde por haber decidido tomar el sol sin mí. Si estuviera aquí, estaría actuando como una tonta tratando de empujar a este Austin Fisher y a mí juntos.

—Entonces, ¿cómo va la Luna de Bebé hasta ahora?

Esta pregunta me desconcierta tanto que casi me caigo de la mesa de masaje.

— ¿Qué? ¿Cómo has...?

Me quedo sin saber qué decir. Pero luego pienso: ¿por qué debería avergonzarme? Es mi elección tener un bebé yo sola, y no hay nada malo en ello.

—Supongo que lo has oído todo, ¿eh? Creíamos que no nos oías con esos auriculares tan grandes y el avión tan ruidoso.

Es entonces cuando me fijo en la cara de Austin. Tiene unos amables ojos grises que se arrugan cuando sonríe. Su pelo bien cortado y su cara bien afeitada me hacen pensar que podría ser un ex-militar. Su cara está curtida y envejecida, tal y como me imagino que se vería un piloto de avioneta. Tiene unos labios carnosos que aún no he visto romper en una sonrisa y una mandíbula tan firme que podría partir nueces.

—Algunas de las cosas que la gente habla cuando cree que no puedo escuchar te pondrían el pelo blanco. — comenta.

Mis ojos se abren de par en par y me entusiasma el cambio de tema. — ¿Cómo qué?

—Si te lo dijera, tendría que matarte.

Me río, pero Austin permanece serio. Luego, sin sonreír, dice: — Estoy bromeando.

Y ahora, no sé si estoy en presencia de alguien a quien los delincuentes pagan para que guarde secretos o si me está tomando el pelo y se muestra incómodo al respecto. No sé qué hacer con este Austin Fisher, y eso es preocupante. Preocupante porque su energía me atrae al mismo tiempo que parece alejarme. Eso es solo mi lado sensual dormido que se despierta en presencia de un hombre robusto, severo y poderoso con una mandíbula cincelada. Puede que a mi vagina no le importe que él no esté interesado. Pero tengo mi orgullo y mi vibrador.

Vuelvo a relajarme en la camilla y dejo que las fuertes manos de la masajista me adormezcan de nuevo.

—Por cierto... gracias por deshacerte de esos tipos. Podría haberme encargado yo sola, pero las cosas estaban a punto de ponerse incómodas.

—No fue nada. Esos tipos eran unos imbéciles, y tengo que cuidar a los huéspedes, incluso cuando estoy de vacaciones.

— ¿Tú también estás de vacaciones?

Asiente, explicando que su próximo vuelo fletado es cuando Jax y yo volvamos al aeropuerto internacional de Pearl Island para coger nuestro vuelo de vuelta a casa.

Antes de que pueda controlar mi boca, digo: —Deberías acompañarnos a Jax y a mí en la excursión al volcán mañana. — ofrezco.

Austin retumba. —No querrás que me quede como una tercera rueda en tu viaje de chicas.

Adele, la masajista, resopla. —El hombre no reconocería una buena oportunidad ni aunque le mordiera el culo. — murmura.

El masajista de Austin comienza abruptamente un masaje de tejido profundo que lo sobresalta. — ¡Guau!— exclama. —Cuidado ahí atrás.

Pero el masajista que trabaja en Austin parece estar sacando algún tipo de disgusto. —Adele tiene razón. Tienes que relajarte. Además, puedes enseñar a las señoras la isla.

—Nadie quiere que les llueva en su desfile; no este viejo piloto de avioneta. — dice Austin.

No tengo ni idea de por qué piensa eso. —Creo que estás siendo humilde. Apuesto a que eres una gran compañía. Vamos, cuéntame sobre tu pasajero más emocionante. Me encantaría escucharlo. — le insto.

Austin suspira de una manera que me dice que no disfruta presumiendo de sí mismo. —Mi pasajero más interesante tendría que ser unos cincuenta paquetes de pañales.

— ¿Perdón?

Estoy pendiente de cada una de sus palabras y, sin embargo, no puedo negar la dulce oscuridad que me envuelve con el sonido de las olas rompiendo. Dejo de hablar justo cuando me cuenta sobre el vuelo de suministros -incluidos los pañales- al sur de Florida tras un huracán. —No podían entrar ni salir camiones ni aviones comerciales, así que volé con toda la carga que podía llevar mi pequeño avión.

Quiero escuchar más, pero pronto todo es demasiado acogedor, y su voz es demasiado perfecta para ayudarme a dormir. Sueño con el apuesto y rudo piloto que transporta pañales de emergencia y fórmula para bebés a través de un paisaje costero devastado, y no voy a mentir. Este sueño es más sediento que una siesta en el infierno.

Capítulo 5

AUSTIN



¿Cuánto tiempo voy a estar aquí tumbado viendo dormir a Sierra?

No es como si me colara en su habitación como un vampiro; no es espeluznante, ¿verdad?

Estelle, junto con mi masajista, se ha marchado para dejar que Sierra duerma unos minutos. Estelle mencionó que Sierra había reservado una hora más por si se quedaba dormida. No puedo dejar de apreciar la forma de pensar de esta mujer.

Cada uno de mis dedos parece picar para llegar a tocarla. La nariz pecosa de Sierra se arruga mientras duerme, y ese picor en mi interior se convierte en necesidad.

Tengo que recordarme a mí mismo que no se va a quedar. Dos semanas es el tiempo suficiente para que una aventura se convierta en una auténtica obsesión. Entonces, ¿qué me queda cuando se vaya? A la mierda.

Nadie está aquí para juzgarme, así que miro fijamente. Sierra es impresionante cuando está dormida. El ascenso y descenso de sus pequeños pechos. El esmalte de los dedos de sus pies hace juego con el color de sus uñas. Su pelo blanqueado por el sol siempre le cae en la cara. Tiene los ojos cerrados, pero puedo decir de qué color son: del mismo turquesa que el océano.

Una fuerte brisa recorre su cuerpo y me fijo en la piel de gallina que se extiende por el brazo que descansa fuera de la sábana. En su

Sotelo, gracias K. Cross

estado de duermevela, Sierra se pone de lado y se acuesta. Cuando lo hace, la sábana se abre y deja al descubierto un pequeño pezón bronceado. Oh. Mierda.

Me deslizo fuera de la mesa y me pongo la bata. Con cuidado de no despertar a Sierra, vuelvo a colocar la tela suavemente sobre su pecho. Me quedo helado mientras murmura algo en sueños y se ajusta. Si se despierta, estoy jodido. Soy oficialmente un canalla.

La sábana vuelve a caer. Por culpa de la gravedad. Tonto.

No debería mirar. Pero, no debería hacer muchas cosas. Y no puedo evitar notar que ese pezón está erecto. No soy un hijo de puta tan egocéntrico como para pensar que ese bonito pezón me está buscando. La brisa tiene la culpa más que nada. Pero su visión me produce una descarga eléctrica en el pecho que se dispara hacia mi vientre y aterriza de lleno en mi polla. Eso es todo lo que necesito, que se despierte y me vea montando una tienda. O peor aún, que vea este tronco asomando por mi bata, como un perverso.

De cerca, capto el aroma a coco y lima del aceite de masaje que la cubre, y se me hace agua la boca al pensar en probarla. Solo hay una cosa que hacer. Levanto la sábana hasta su barbilla y entonces hace algo tan dulce que me aprieta todos los músculos del pecho. Sierra se encoge en posición fetal y abraza la sábana, emitiendo un leve suspiro.

Me aprieto el cinturón de la bata y compruebo que todos los miembros están bien escondidos mientras me dirijo a la entrada de la cabaña. Cuando me doy la vuelta, murmura algo, claramente mientras duerme: una pequeña risa seguida de: —Hmmm, Piloto Papi Austin.

Justo en ese momento, su amiga Jax entra.

— ¡Vaya! Bueno, ¡hola! ¿Masaje en pareja?— La sonrisa de Jax es expectante.

Sacudo la cabeza. —Solo es una coincidencia. ¿Qué tal el donkey yoga?

Parece sorprendida y complacida. —Veo que Sierra y tú han estado hablando. Fue genial, gracias por preguntar.

Sotelo, gracias K. Cross

Me muevo para salir, con ganas de desaparecer.

— ¿Austin?

Sierra, ahora despierta y sentada en la mesa de masaje, se agarra la sábana al cuerpo. Tiene el pelo sobre un ojo y la piel bronceada de su pecho brilla con el aceite de masaje. Con el pelo revuelto, la sábana apenas cubriendo sus pechos mientras se posa en la mesa de masaje, Sierra se parece a mi recuerdo de cómo se veía después del sexo anoche, en mi sueño.

Al decir mi nombre de esa manera, siento que está tallando el suyo en la áspera capa de corteza que protege mi corazón.

Me despido de las dos amigas, asiento a Jax y le lanzo un guiño a Sierra. —Pásenlo bien en el volcán, ustedes dos. Pero tengan cuidado; al dios de la isla le encantan las vírgenes.

Sierra me mira con los ojos muy abiertos, y luego tanto ella como Jax se ríen mientras me alejo.

Capítulo 6

SIERRA



Pensaba que Austin estaba bromeando con lo de la virginidad.

Resulta que hasta Brooks, el guía turístico, lo menciona.

—Antes de que esta área fuera conocida como las islas Pearl Crescent, nació una leyenda cuando unos carroñeros marinos descubrieron la isla Little Loggerhead en 1769. Un capitán de barco holandés especialmente despiadado se acercaba a los piratas para reclamar el oro que habían robado. Así que los piratas enterraron su tesoro en el extremo sur de la isla. Justo cuando lo enterraron, la tierra que había debajo se calentó tanto que les produjo ampollas en los pies. El capitán del barco se quedó en la isla, pero el resto de la tripulación se retiró a Severed Key, en el extremo más alejado de la franja, y esperó a que pasara la erupción. Cuando varios sucesos extraños les hicieron creer que alguna deidad les había maldecido, regresaron para encontrar toda la zona donde se había enterrado el tesoro bajo la roca fundida. Mientras tanto, su barco sufrió daños por la tormenta, la tripulación pasó hambre y un calamar gigante atacó el barco.

—Así que un año después, la banda de piratas volvió al volcán y arrojó al abismo a su marinero más joven. La leyenda dice que se formó una fisura en la roca volcánica ante sus ojos, que siguieron hasta el claro y les permitió recuperar el cuerpo de su capitán pirata. Nunca encontraron el tesoro, pero la maldición fue levantada. El dios de la isla permitió a los piratas quedarse.

Jax me susurra al oído: —Eso es totalmente inventado.

Sotelo, gracias K. Cross

—Si no lo es, está muy jodido. — le susurro.

Una mujer cercana del grupo de turistas se gira y nos mira mal a Jax y a mí por susurrar palabrotas.

Jax ve la mirada y murmura: —Debería prestar más atención a su hijo en lugar de preocuparse por unas palabrotas.

Me vuelvo para mirar y veo a ese niño jugando justo al borde del sendero, con vistas a un pronunciado descenso hacia el cráter.

Me alejo un poco mientras el grupo avanza lentamente por un sendero de tierra que rodea el borde del volcán. Más adelante, el sendero se estrecha, abrazando el interior de la boca, en espiral alrededor del enorme cráter. El volcán inactivo rebosa de vida: Pájaros, reptiles, árboles con flores de todo tipo que nunca he visto antes. Será una caminata agradable y sombreada, aunque ligeramente húmeda, hasta el fondo, donde está previsto que nos bañemos en una fuente termal y comamos un picnic. Desde ahí, se supone que seguiremos un túnel subterráneo hasta el exterior, donde habrá carros de golf para volver al hotel.

Para mi sorpresa y la de Jax, Austin está aquí, pero por supuesto, sigue comportándose como su distante y estoica persona. ¿Por qué se ha molestado en venir si es tan indiferente? Se me forma un extraño nudo en el estómago; es porque se sintió obligado a unirse a nosotras después de que nuestros masajistas se burlaran de mi invitación. Y ahora, parece que lo he estado persiguiendo, cosa que no he hecho.

Imposiblemente, Austin parece aún más distante que de costumbre, pero de nuevo, sus aviadores ocultan mucho.

Finalmente, veo lo que lo tiene preocupado. Está observando al niño descarriado.

El niño, cuyo nombre es Isaac por lo que he deducido de la reprimenda de su hermana mayor, está ignorando las amonestaciones de su hermana. — ¡Isaac! Te lo estás perdiendo. La parte de los dioses de la isla.

Isaac está mucho más interesado en examinar una tortuga gigante que se ha acercado al camino. La monta como si fuera un caballo, y el guía turístico deja de hablar.

Sotelo, gracias K. Cross

—En 1877... por favor, bájate de la tortuga antes de que la lastimes. Ahora, ¿dónde estaba yo?— A diferencia de muchos de los empleados demasiado complacientes del complejo, puedo decir que Brooks no se anda con rodeos cuando los huéspedes se portan mal.

La madre se burla: —Bueno, no tienes que ser tan brusco con él. Solo tiene siete años.

Sorprendiéndome, Jax devuelve el golpe en defensa de nuestro guía turístico. —Bueno, si no quieres supervisar a tu hijo, alguien tiene que hacerlo.

Miro a la madre, que parece estar a punto de quitarse los pendientes. Jax le devuelve la mirada como si la desafiara a hacer un movimiento. Austin sonríe, aparentemente con ganas de una pelea de gatas.

Es entonces cuando ocurre.

Isaac, el mierdecilla, se desliza del lomo de la tortuga y, con un sonoro “¡Whee!”, se va cayendo por la pared del cráter.

— ¡Isaac!— grita el padre mientras la madre grita.

Entonces todos los miembros del grupo entran en pánico y se precipitan hacia el borde.

Cuando miro hacia abajo, el pequeño Isaac se ha deslizado por la pendiente de tierra sobre su estómago, frenado por la fricción de la tierra y las rocas y las pequeñas plantas. Está ileso y, de hecho, parece que se está divirtiendo como nunca.

Observo cómo Austin maldice y baja tras él. —Agárrate. — murmura como si esto ocurriera todos los días.

Todos vemos cómo Austin se agarra a una planta enredadera y baja, hablando tranquilamente con Isaac todo el tiempo. Los pies de Isaac resbalan sobre una roca musgosa, pero se aferra a la base de un pequeño árbol.

Austin está a un metro por encima del chico. —Isaac, amigo, ¿cómo estás?

El chico responde, y por primera vez, suena un poco preocupado. —Estoy... estoy bien.

Sotelo, gracias K. Cross

Austin intenta aguantar mientras se aferra a la línea y la desenrolla. Por fin ha soltado la suficiente cuerda como para poder soltarla hasta Isaac. Estoy sudando tanto que todo mi cuerpo está empapado. Aunque es un momento tenso, no puedo evitar que mis ojos viajen hasta esas pantorrillas de alpinista.

No es el momento, Sierra, pienso para mí.

La liana desciende hasta donde está Isaac, pero justo cuando está a punto de agarrarse a la liana, sus pies resbalan en el barro un metro más. Todo el grupo grita de miedo. Austin desiste de la idea de la liana y baja a pasos agigantados. Va a agarrar a este chico, de alguna manera.

Gracias a Dios, Isaac se queda quieto. Miro a su madre, y no puedo evitarlo; me siento un poco triste por ella. Claro, ella debería haber estado vigilando a su hijo, pero ninguna madre merece pasar por esto. Finalmente, Austin ha bajado hasta donde está Isaac, y con cuidado carga al niño en su espalda.

— ¿Estás bien, amigo?

La voz del niño es temblorosa, pero dice que está bien.

Con el niño a la espalda, Austin comienza su lento y cuidadoso ascenso por el acantilado. El guía turístico ha bajado para reunirse con ellos a mitad de camino, habiéndose atado a un árbol cerca de la cima del acantilado. Baja y agarra la mano de Austin, y los dos grandes brazos masculinos se tensan mientras trabajan juntos para ponerse a salvo ellos y el niño. Cuando los tres llegan al sendero del acantilado, el guía turístico entrega el niño al padre de Isaac mientras Austin se desploma en un montón.

Todos los demás se apresuran a rodear a Isaac y a su familia, asegurándose de que está bien. El guía turístico lo revisa para ver si está herido.

¿Yo? Estoy revisando a Austin.

Capítulo 7

AUSTIN



Si tomo la mano ofrecida por Sierra, la arrastraré hasta aquí conmigo. Ella es una vista bienvenida después de lo que acaba de suceder. Tengo ganas de arrastrarla al suelo conmigo y besarla hasta que deje de temblar de terror.

Pero al estudiar su rostro, solo está preocupada por mí, un anciano que acaba de hacer algo que nunca creyó que fuera capaz de hacer.

Seguramente se compadece de mí cuando hago una mueca de dolor y rechazo su ayuda. Me pongo de pie e intento que no se note que me duele todo el cuerpo. Maldita sea. Los cuarenta no son los nuevos veinte, eso está claro.

—Ha sido increíble. — dice. Sus preciosos ojos se abren de par en par mientras me miran.

—Cualquiera de los presentes habría hecho lo mismo.

Sacude la cabeza. —Fuiste más rápido en tus pies y... muy ágil. Le salvaste la vida.

No voy a mentir; eso me infla un poco el ego.

—Bueno, gracias por decir eso, supongo. — digo.

Ella se ríe. —No. Gracias por hacer lo que hiciste. Habría muerto.

Sotelo, gracias K. Cross

Me encojo de hombros. —Probablemente no habría muerto. Lo más probable es que se hubiera deslizado hasta el fondo y luego hubiera caído en la fuente termal. Si sabe nadar, habría vivido.

Se tapa la boca, pero sus ojos se ríen. No puedo creer que estemos teniendo esta conversación a un metro de Isaac y su familia.

La familia Isaac se dirige de nuevo a la cima de la montaña, donde terminarán sus aventuras del día con un viaje de vuelta al hotel. Brooks se ve pálido y agitado.

—Austin, ¿te importaría acompañar a estas señoras el resto del camino hasta el manantial mientras llevo a la familia de vuelta al borde?

Sierra me mira y me ve dudar. —Intenta no retorcerte. No soy el peor cuerpo para llevar un traje de baño.

La verdad es que prefiero que me saquen los dientes a que me obliguen a verla en bikini.

No porque no se vea bien. Sino porque es jodidamente hermosa. Y dulce. Y demasiado tentadora.

Pero, es evidente para todos que Brooks necesita ayuda, y yo no soy nada si no soy un ayudante.

—Sí. Sí, claro, amigo. No hay problema. — Mi voz es extrañamente seca y más áspera que de costumbre. A regañadientes, decido que todo estará bien si su amiga está con ella. No hay nada raro en las aguas termales, entonces. Puedo ser un socorrista desinteresado; eso es todo. Soy un hombre adulto a cargo de mis impulsos y deseos, después de todo.

Brooks pide por radio que el carrito de golf se reúna con él y la familia de Isaac en la cima de la montaña. —Muy bien. Los llevaré de vuelta al hotel. Llámame por radio cuando hayas terminado de nadar.

—Me uniré a ti. — le dice Jax a Brooks. El estómago se me cae a los pies.

Sierra llama tras su amiga: —Espera, ¿a dónde vas? Quiero terminar el recorrido.

Jax se da la vuelta y dice: —Tú y tu nuevo amigo pueden terminar el tour juntos. Uno a uno. — Luego hace una reverencia y desliza su brazo por el brazo del guía turístico, charlando mientras vuelven a subir por el sendero.

Sierra se queda con la boca abierta al verlos partir y luego se vuelve hacia mí.

—Podemos saltarnos el baño si quieres. — le digo.

Arquea una ceja. —Escucha, no he pasado medio día en un cráter húmedo para dejar pasar la oportunidad de nadar en una fuente termal volcánica. Ya estoy en traje de baño bajo estos pantalones cortos. Además, ahora eres mi guía turístico. Tienes que estar ahí para protegerme de los dioses de la isla.

Joder. No son los dioses de la isla los que deberían preocuparle.

El fondo del sendero se derrama en un amplio rellano al borde de la piscina azul turbia. He visitado este lugar muchas veces antes, pero nunca había visto las cavernas a través de los ojos de otra persona.

—Este puede ser el lugar más hermoso que he visto en toda mi vida. — dice Sierra.

Camino por el borde de la piscina y busco un lugar para tender la manta y sentarnos a comer. Con suerte, no querrá nadar primero. Quizá pueda convencerla de que coma y luego espere veinte minutos por aquello de los calambres estomacales. Sé que es un mito, pero tal vez pueda entretenerla el mayor tiempo posible.

Mirando hacia atrás, veo a Sierra quitarse la camiseta y bajarse los pantalones cortos, revelando el mismo estilo de bikini de tiras que le vi el día que nos conocimos. Solo que es de un color púrpura brillante, y lo hace lucir magnífico junto a su pelo y su piel.

Todas las partes importantes están cubiertas, pero apenas. La fina capa de púrpura podría desaparecer con un solo tirón de esa cuerda.

Sotelo, gracias K. Cross

Y todo lo relacionado con Sierra conspira para tirar de las capas que me han protegido de ceder a la tentación.

No soy un hombre religioso, pero ahora estoy rezando a los dioses de la isla para que me ayuden.

Peor aún que el silencio, me imagino que su respuesta no será más que una risa cómplice.

Malditos.

Sotelo, gracias K. Cross

Capítulo 8

SIERRA



—Entra; el agua está bien.

El lugar es tan perfecto que quizá nunca me vaya. El sedimento de la roca da al agua un aspecto mágico, blanco azulado, y las paredes de la caverna brillan con él. Me siento como si estuviera en la guarida secreta de un dragón.

A Austin le cuesta mirarme. —No he traído mi bañador. He bajado aquí tantas veces que ya lo he superado.

Lo salpico juguetonamente desde donde piso el agua. — ¿Estás muy cansado?

—Probablemente no soy tan encantador como los tipos a los que estás acostumbrada. Lo siento. — dice.

Sus ojos se dirigen a todas partes excepto a mí, y tengo que esforzarme para no agarrarlo y tirar de él al agua.

—Puedes bañarte desnudo si quieres. No se lo diré a nadie.

Puede que me equivoque, pero creo que veo que se le mueve el labio y que un rubor rosa le recorre el cuello. Me gustaría que me mirara con esos ojos azules tan claros. También me apetece frotarle ese corto mechón de pelo que tiene en la cabeza. Es todo músculo magro, y a pesar de que se burla de sí mismo por su cuerpo envejecido, no hay ni un gramo de grasa en él ni ningún signo de que sea menos hombre de lo que solía ser. No es que conociera al hombre antes. Ojalá lo hubiera hecho. Me gusta hablar con él.

Sotelo, gracias K. Cross

Y le prometí a Jax que sería buena y temerario.

Sonríó a Austin con picardía y me sumerjo bajo el agua, nadando hacia el otro lado y de vuelta.

—No pasa nada si no te gusta mi compañía. No me importa nadar sola. — digo. De acuerdo, lo admito, estoy siendo muy dura.

Pero funciona.

Austin hace un ruido extraño desde algún lugar profundo de su pecho. —Muy bien, date la vuelta.

Estoy emocionada y sorprendida, así que, por supuesto, hago lo que me dice. Me giro y me pongo de cara a la pared del fondo y escucho.

—No mires. — me ordena.

—Nunca lo haría. — digo, riendo. Aunque en mi mente tengo una imagen completa de esos pantalones cortos deslizándose por sus piernas, y siento una punzada de necesidad entre las mías.

No me giro para mirar hasta que oigo el chapoteo.

— ¡Te dije que era bonito!

Si antes pensaba que era sexy y que estaba al aire libre, Austin empapado no hace más que mejorar todo eso por mil.

Observo cómo se desliza por el agua, atravesándola suavemente como un león marino. — ¿Eres en parte tritón?— Me río. —Pareces el maldito Aquaman en el agua. Me parezco a Ursula.

Se queda pensando un segundo. —Sin embargo, Ursula es genial. Tiene su propio estilo.

Le salpico juguetonamente. —Respuesta equivocada. — grito, aunque no me ofende. Sé lo que quiere decir. —Pero así es como me siento al lado de Jax en bikini.

Austin parece confundido. — ¿Qué quieres decir?

—Piernas para días. Por no hablar de las tetas. Podría hacerme sentir mejor si pudiera recordar que sus tetas son falsas, pero no lo son.

A pesar de que el agua ya está caliente, la temperatura parece subir cuanto más hablo porque el ardor de los ojos de Austin es unos diez grados más caliente que cualquier cosa en esta caverna.

— ¿Puedo decir algo que no te va a gustar?

Respiro con fuerza. —No sé si estoy preparada para esto. Ponlo sobre mí.

La mirada de su rostro es de pura sinceridad no adulterada. ¿Dónde está el piloto estoico que entró en medio de mi sesión de masaje? ¿Ha cambiado, o lo estoy conociendo mejor? ¿O está mostrando más de sí mismo ante mí?

—Creo que eres valiente al decidir tener un bebé por tu cuenta.

Me acobardo. —Tienes razón. No me gusta esa palabra. No hay nada valiente en mí. Tengo el dinero y el tiempo. No tengo un trabajo real, así que no es como si necesitara una guardería.

Austin me mira fijamente. — ¿Y? A quién le importa. Estás tomando una decisión enorme por ti misma, y eso es valiente, te guste oírlo o no.

Suspiro. — ¿Valiente o loco?

El gruñido de él parece una advertencia de que quiere que deje de menospreciarme. —Tienes que sentirte a la vez asustada y loca para tener un hijo, sea como sea. Y el mundo necesita que más gente como tú tenga hijos, gente que sea consciente de lo enorme que es esa decisión. Y gente que sea buena y amable y pueda transmitir más bondad al mundo.

Tengo que inspirar profundamente porque mi cerebro necesita más oxígeno para asimilar lo que acaba de decir. ¿Se golpeó con un coco en la cabeza cuando estaba rescatando a ese niño antes? —Puede que sea lo más bonito que me han dicho nunca...

—Bueno, no lo dije para ser amable...

—...y si no me besas ahora mismo...

No hace falta que me explaye más.

Y así, sin más, no se habla más. Los únicos sonidos en esta caverna son los de nuestras respiraciones y los de las curiosas exploraciones de los labios de Austin sobre los míos.

Cada centímetro de mi piel parece zumbiar. Mi cerebro se convierte en papilla y olvido lo que estábamos hablando.

No es fácil seguir besando cuando mis pies no tocan el fondo.

Como si leyera mi mente, se separa del beso y dice: —Sígueme.

Nadamos hacia el otro lado, donde hay un pequeño saliente rocoso bajo la superficie del agua. Nado hasta él y me elevo para sentarme a su lado. Ahora tengo un poco de frío porque estoy expuesta al aire fresco de la cueva.

Dejo escapar un pequeño escalofrío involuntario, y Austin lo ve. Sus brazos me rodean, me cierran, me encierran de las bajas temperaturas. Me calienta aún más con el movimiento de su boca contra la mía. Austin me besa el labio superior, luego el inferior y después las dos mejillas, lo que me hace sonreír estúpidamente. La siguiente vez que me besa el labio inferior, su lengua se desliza por él y sus dientes me pellizcan ahí, solo un toque.

La perversa inmersión de su lengua aviva el fuego entre mis muslos. Dejo escapar un suspiro y otro escalofrío. Austin toma esto como una señal de que todavía tengo frío y me aplana contra su pecho, soltando el beso para envolverme en un cálido abrazo. — ¿Tienes frío?

—No. — Mis pestañas revolotean contra su pecho donde me agarra, y vuelvo a oír el extraño gruñido que sale de su pecho.

—Estás mintiendo. — dice. Cuando sus labios vuelven a encontrar los míos, siento como si su cuerpo se lo pidiera. Con los ojos cerrados, siento que sus manos me agarran la cara. Mis brazos rodean su torso; no me atrevo a abrazarlo más abajo porque está desnudo y no quiero rozar nada que no deba. En realidad, sí, quiero hacerlo, pero no voy a hacerlo. Al menos no todavía.

Me asombra que pueda besarme tan apasionadamente y no intente meterme mano en ningún otro sitio. Me gustaría que me metiera mano, que me acariciara, que hiciera todo tipo de cosas. Pero es tan caballero que me da miedo quitarle el protagonismo.

La siguiente vez que su lengua toca mi labio, abro la boca y deslizo la punta de mi lengua para hacer lo mismo con él. Un leve gemido escapa de su garganta, y nuestras lenguas se enredan en una cálida y sensual danza. Las chispas de placer se deslizan por todo el cuerpo, desde las raíces de mi pelo hasta los dedos de los pies, haciendo que mis pezones se conviertan en pequeños y apretados nudos. Me estoy soltando y soy feliz.

Nos separamos del beso, sin aliento.

La boca de Austin brilla con mi brillo de labios.

Le quito un poco de brillo con el pulgar y mi sucia mente evoca una imagen. No, no vayas por ahí, cerebro cachondo. No empieces a preguntarte si este es el aspecto que podría tener después de ir al centro. Si su puro empeño en besar es una indicación, entonces lo demás. Oh señor...

— ¿Por qué me miras así?— dice.

Justo en ese momento, mi estómago se revuelve y gorgotea, y el sonido se agrava por el eco dentro de este espacio cavernoso.

—Tienes hambre. — dice. —Hora de comer.

Tengo hambre. Pero no de comida. Tengo hambre de que este hombre me ponga las manos encima y deje de actuar como un caballero. Quiero que sea despiadado conmigo. Que me tire encima de él y me haga gritar. Provocar un derrumbe. Hacer que este volcán vuelva a la vida. Sujetarme contra el suelo y buscar un tesoro enterrado en mi coño.

Dios, ¿qué te pasa, Sierra?

Niego.

Me besa una vez más. Estoy tan caliente que espero que sea solo un beso, el beso de un pez muerto. Pero, por supuesto, no lo es. Es un beso con lengua profundo, completo y excitante. Oh, Dios. Es tan bueno. Y me deja con ganas de mucho más. Oí su gemido; sé que no es suficiente. Entonces, ¿por qué está nadando lejos de mí ahora? ¿A quién le importa el almuerzo?

Tal vez no soy lo suficientemente buena besando para él. Tal vez estaba probando las aguas, y no le gusto tanto.

Sotelo, gracias K. Cross

Lo veo nadar hasta el otro lado del manantial subterráneo y espero a que salga del agua primero. Lo observo con descaro. El trasero redondo de escalador y los musculosos muslos de Austin me marcan el cerebro. Se toma su tiempo como si supiera que lo estoy mirando.

—Puedes usar mi toalla. — le digo. La idea de compartir una toalla con un hombre cualquiera me asquearía en circunstancias normales. Ahora no parece molestarme, no después de intercambiar saliva. Bajo de un salto de la cornisa hasta que vuelvo a estar sumergida del cuello para abajo, y piso el agua, frotando los muslos como una adolescente cachonda. Sigue de espaldas a mí, sacudiendo el agua de sus piernas. Viendo esto, lucho contra el impulso de meter la mano entre las piernas. Hasta que dejo de luchar. Simplemente lo hago. Mi mano se desliza por dentro de la braguita del bikini y, con los ojos fijos en él, lo hago mientras lo veo vestirse. Por la forma en que está agachado, volviendo a ponerse los pantalones cortos, no tengo ninguna duda de que este espectáculo de piso es para mí beneficio.

Segundos después, el placer me invade mientras me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que temo que pueda sangrar.

Capítulo 9

AUSTIN



El café de Mello Toast es el mejor en cualquiera de las islas de The Pearl Crescent. El café corporativo de la ciudad de Pearl Island puede mantener sus granos quemados. El complejo tiene sus buenos restaurantes, pero aquí es donde los lugareños van a tomar el brunch.

Me siento afuera y miro las olas, pensando en lo que hice mal con Sierra ayer. No debería haberla besado así. Mis sentimientos se apoderaron de mí; ya no puedo estar a solas con ella de esa manera. Es prudente que solo nos veamos en público porque no me puedo confiar.

Me está bien empleado que haya estado inusualmente reservada y callada durante toda la comida y todo el camino de vuelta al hotel.

Estaba tan callada que empecé a sentirme culpable por haberla besado como lo hice. Tan arrepentido que me disculpé por haber sido tan atrevido con ella. Se limitó a fruncir los labios, estudiándome un momento, y luego subió a su habitación.

Doy un sorbo a mi café y contemplo las olas, considerando si debería volver a intentarlo y ser más claro sobre el motivo de mis disculpas.

Y entonces, quién entra en el Mello Toast sino ella. Sierra.

Dejo el café, me siento en mi silla y la veo con agrado. Tiene una mirada extraña y ávida. Su tapado negro bordado se agita con la brisa del mar y su pelo está recogido en un moño en la parte superior de la

Sotelo, gracias K. Cross

cabeza. Tiene la cara sonrojada como si hubiera estado caminando por la playa y hubiera tomado demasiado sol esta mañana.

Parece que Sierra quiere decirme algo tanto como yo quiero decirle algo a ella.

Me levanto y le ofrezco un asiento frente a mí.

—Hola. — dice. —Creo que debería disculparme.

—Creo que tienes que replantearte eso. — le respondo, provocando que su ceño se arrugue en señal de confusión.

Cuando la camarera le trae un café, asiente dulcemente, luego agarra la taza con ambas manos y huele. Sus fosas nasales se agitan como las de un conejo antes de dar un sorbo apreciativo. Cada peca, cada movimiento, me hace caer más y más profundo. Quiero prepararle café cada mañana solo para verla hacer eso con su cara. Quiero sentarme en la mesa de la cocina que compartimos y maravillarme con ella.

—Austin, está bien si no te gusto. No debería haberte hecho sentir obligado a besarme ayer.

Bebo el resto de mi café y me froto la barriga. Hace un minuto estaba pidiendo unos huevos revueltos frescos, pero ahora mismo, no puedo comer un bocado hasta que le diga lo que tengo que decirle a Sierra.

—Cariño, escucha. Puedes pensar que lo de los besos fue idea tuya. Pero créeme, había pensado en besarte desde el segundo en que te vi.

Los ojos de Sierra brillan, y mira hacia abajo en las profundidades de su café negro. Se ríe: —Supongo que no estoy tan mal en traje de baño después de todo.

No lo entiende. Así que voy a ser sincero con ella, tirando toda la cautela al viento. Todavía no estoy interesado en ser su aventura de vacaciones. No sé qué es lo que hay entre nosotros, pero es real, no importa cómo intente evitarlo. —No. — digo. —Me refiero al momento en que te conocí en la pista. Fue entonces cuando supe que me gustabas. Esa fue la primera vez que quise besarte. Que me lo pidieras

no importaba; iba a suceder. Lo que sí importa ahora es qué hacemos con esto.

Con los ojos muy abiertos, asustados y curiosos, susurra: — ¿Hacer sobre qué?

—Sobre el hecho de que no puedo dejar de pensar en ti. Sobre el hecho de que trato de evitarte, de ser profesional, de no dejarme enredar en una aventura contigo porque te vas de la isla en una semana y media.

Una sonrisa traviesa se extiende por su cara. —Todo eso parece un problema personal que debes resolver porque te está haciendo enviar señales confusas.

— ¿Cómo es eso?

—Bueno...— explica Sierra, jugueteando con el asa de su taza de café. —Pensé que no te gustaba. Ayer me besaste y luego dejaste de hacerlo. Así que pensé que seríamos amigos, y estaba tratando de estar bien con eso. Así que... ¿Quieres decir que te gustó el beso?

Estoy a punto de tumbar la mesa y agarrarla por los hombros. —Sierra, ¿lo dices en serio? Yo... solo... quiero decir... Dios, nunca se me había trabado tanto la lengua con nadie. Me haces perder la cabeza y no sé qué decir, y cuando hablo, digo las cosas equivocadas. Joder. Me despierto en mitad de la noche, después de haber soñado que te pedía...— Me corto, pero sus ojos me invitan a continuar.

— ¿Pedirme qué, Austin?

Es demasiado pronto para admitirlo... pero a la mierda. Es la magia de la isla, que me hace soltarlo. —Que me dejes ser el que te ponga un bebé.

Sierra me mira fijamente, parpadeando.

La gente de una mesa cercana se gira y sonríe. Otra mesa se ríe. Alguien jadea y deja caer un tenedor, y otros se ríen.

Ella apoya las manos en la mesa y se mira los dedos.

Me paso las manos por el cuero cabelludo. —Bueno, eso podría haberse expresado mejor.

Capítulo 10

SIERRA



Pasé las últimas 12 horas pensando que no estaba interesado en mí, pero ¿sí?

Susurro aunque es inútil porque todos los que nos rodean en Mello Toast están escuchando. — ¿Son solo sueños salvajes y húmedos, o hay algo más que eso?

Austin sacude la cabeza, suelta un suspiro y dirige sus ojos al cielo azul como si buscara respuestas.

—Sí.

—Eso no es una respuesta. — digo.

—Significa que sí a las dos cosas. No puedo creer que lo esté diciendo, pero me has roto, Sierra. Cada vez que cierro los ojos, te dejo embarazada. Lo siento. No puedo mantener la distancia cuando estamos juntos. Pones pensamientos inapropiados en mi cabeza. Así que tenemos que sacar esto de nuestro sistema, o tenemos que explorar esto entre nosotros.

—Tengo que irme. — digo, poniéndome de pie y retrocediendo.

— ¿Por cuánto tiempo?— La manzana de Adán de Austin sube y baja. Odio que lo haga sentir ansioso, pero ¿qué espera?

Lo miro por encima del hombro mientras me alejo. —Una mujer se toma el tiempo que necesita. Tendré que hacer una lista de pros y contras.

Sotelo, gracias K. Cross

Es verdad. Tengo que hacer una lista de pros y contras. Porque lo que Austin me ha dicho es absurdo.

Divertirse es una cosa. Un compromiso de por vida en torno a un hijo compartido es otra.

Pero además: ¿me ha preguntado realmente o simplemente me ha contado sus sueños? Su única sugerencia clara fue “explorar esto que hay entre nosotros”.

Me golpeo el labio con el rotulador porque me ayuda a pensar. ¿Su sugerencia se ajusta a la misión de luna de bebé o no?

—Ese bloc de notas se va a empapar.

Miro a Jax, que está de pie en la plataforma de la popa de la lancha, poniéndose el traje de neopreno.

—Pro: es inteligente. Contra: es un poco demasiado humilde.

Jax resopla mientras se abrocha la cremallera. —Como si la humildad fuera algo malo. En todo caso, necesitamos más humanos con un poco de humildad.

Me encanta que no vea la ironía en sus palabras, teniendo en cuenta que tiene un cuerpo tan intensamente sexy que está preciosa incluso en traje de neopreno. —No estoy de acuerdo. Necesitamos más gente que sepa lo que vale. Como tú.

Pone los ojos en blanco. —Muy bien, sigamos adelante. No necesitamos entrar en una de tus discusiones filosóficas; estamos a punto de hacer parasailing por primera vez. Ahora guarda eso y empápate.

Me animo. —Discusiones filosóficas... ¡Eso es! No es un gran hablador, pero cuando habla... Es intenso. Además, sabe escuchar.

Jax ladea la cabeza hacia mí. — ¿Estás haciendo una lista de pros y contras de su esperma o de una relación?

— ¿Tienes que ser tan grosera?

—Sierra, ¿me conoces?

— ¿He conocido a la versión de Jax que está a punto de hacer parasailing aunque le aterrorizan las alturas? No. Nunca la he conocido.

—Ja, ja. Diviértete con tu lista. Y ya que estás, tienes que cambiar el título de la lista de 'Tener sexo con Austin' a 'Tener una relación con Austin'. Porque ahí es donde te diriges, y que conste que apruebo todo lo anterior.

Miro fijamente a mi amiga. Esto es ilógico. Austin puede decir que quiere explorar esta química entre nosotros, pero no tiene sentido.

—Contra: está delirando.

Jax sacude la cabeza, luego me sopla un beso y se mete en el agua.

—Lista de pros: es directo y dice exactamente lo que quiere. — Digo esto en voz alta aunque estoy a solas con Brooks, que dirige este barco. Me recuerdo a mí misma que estoy en el paraíso y que no hay ninguna repercusión por lo que digo en voz alta.

—Contra: no sé lo que quiero.

—Pro: espíritu aventurero.

—Contra: apenas lo conozco.

Golpeo mi rotulador contra el labio y miro fijamente detrás del barco. Ahí, veo algo que nunca pensé que vería: Jax, navegando sobre el agua, con el viento en el pelo, olvidando que tiene miedo a las alturas y pasándoselo como nunca.

A continuación, me toca a mí.

Capítulo 11

SIERRA



— ¿Puedo?

Levanto la vista de donde estoy descansando en la playa, y es un hombre de aspecto vagamente familiar el que se eleva sobre mí. Mi corazón da un salto por un segundo, pensando que es Austin. Mi pulso se calma cuando veo que no es él. Mis ojos bajan hasta su muñeca, donde lleva la pulsera oficial del complejo. Hace un gesto hacia la tumbona vacía que está a mi lado.

Le digo que puede acompañarme siempre que no le importe ceder la silla cuando llegue mi amiga dentro de unos minutos.

—Está bien; esto solo llevará unos minutos. — dice.

Me río. — ¿Por qué esto suena extrañamente amenazante?

El hombre se pone en cuclillas para mirarme, y lo reconozco entonces al volver un recuerdo de nuestra primera noche en el muelle. —Un momento, te conozco. — le digo. —Estabas en el bar la otra noche. — No es uno de los chicos del yate, sino otros con los que también hablamos brevemente.

Parece demasiado orgulloso de sí mismo y tira de los botones de su polo. —Me halaga que te acuerdes de mí.

Absurdamente, digo: —Hablamos con mucha gente.

Compartimos un silencio incómodo, en el que parece que está esperando que le dedique algún tipo de conversación. Espero a que lo haga. No voy a llenar el silencio con palabrería. No es mi estilo.

Sotelo, gracias K. Cross

—Burke Belcher. — dice, tendiendo la mano. —Esperaba que te acordaras de mí de antes. Como, mucho antes, de hecho.

— ¿En serio?

—Eres Sierra Kennedy. Seguro que te acuerdas de mi familia.

Aquí es donde debería levantarme y salir corriendo, pero tengo curiosidad por saber cómo demonios me conoce este tipo. — ¿De dónde has sacado esa impresión? ¿Debería?

Se ríe y asiente, y tengo una sensación intensamente escalofriante de que está a punto de admitir que es un acosador de clase A. —Mi familia está en el negocio inmobiliario. Nuestras familias se remontan a mucho tiempo atrás; hemos trabajado juntos en varios proyectos.

Los pelos de mi cuello se erizan. —Perdona, ¿cómo sabes quién soy?

Se encoge de hombros con buena voluntad, pero estoy completamente asustada. —Puede que tu padre le haya mencionado tus pequeñas vacaciones a mi padre. Mi socio y yo acabamos de vender nuestra empresa de tecnología, así que lo estamos celebrando viajando por todo el mundo, así que hemos pensado en hacer una parada para saludar. Seguro que has oído hablar de nuestra empresa; mi familia presume de ella sin cesar.

Me dice el nombre de la empresa, pero no tengo ni idea de qué está hablando. Se lanza a una larga descripción, de la que no entiendo nada. Habla durante unos cinco minutos y no se detiene a preguntarme nada sobre mí o sobre lo que hago aquí.

—Realmente no estoy involucrada en el negocio de mi familia, así que lo siento si no tengo ni idea de lo que estás hablando.

Burke, a su manera, tampoco tiene ni idea. —No te preocupes. Solo pensé en hacerle un favor a tu padre y ponerme como otra opción para tu... planificación familiar.

Oh. mi. Dios. Mis padres de alguna manera obligaron al hijo de un colega de trabajo a viajar hasta aquí como un último esfuerzo para evitar que tuviera un bebé fuera del matrimonio. Por mucho que todo esto me desconcierte, no debería sorprenderme. Mi padre es un

Sotelo, gracias K. Cross

manipulador de clase mundial. Y temeroso. Más que nada, teme cualquier cosa que pueda reflejarse mal en la familia.

Tengo que preguntar. — ¿Y te parece bien que te pidan que te presentes ante mí como un caballo de carreras?

Este tipo es completamente desconcertante. —Bueno, soy el tercer multimillonario menor de 40 años que aparece en el Financial Times.

Entorno los ojos hacia él. — ¿El Financial Times tiene una lista de solteros elegibles?— Este día se vuelve más raro a cada segundo.

Gracias a Dios, aquí viene Jax, empapada hasta los huesos y con un aspecto vigoroso después de... lo que sea que ella y Brooks hayan hecho después de ir a hacer parasailing.

— ¡Hey!— La saludo como si estuviera medio loca, solo para asegurarme de llamar su atención.

Me ve y se acerca corriendo. Me gustaría que Brooks estuviera con ella, pero por desgracia, no está.

Burke se gira y ve a Jax. —Aquí vienen los problemas. — dice.

¿Qué significa eso cuando la gente dice eso? Ni siquiera nos conoce.

Se vuelve hacia mí y dice: —Ha sido maravilloso hablar contigo, y me preguntaba si podía invitarte a una copa esta noche.

—Estás en mi asiento. — dice Jax, con la voz ligeramente ribeteada de impaciencia.

Con eso, Burke se pone de pie y asiente hacia las dos. —Bueno, espero verlas esta noche en el Calypso. Debería valer la pena.

— ¡Santa mierda, te ves sexy!— El cumplido viene de Jax, miro mi nuevo bikini, y admito que es la prenda más arriesgada que jamás he tenido. Lo único que separa mis tetas de los rayos ultravioleta directos es un trozo de tela blanca del ancho de la palma de la mano de un hombre. El triángulo de tela de la parte inferior es aún más pequeño. Un escalofrío me recorre la espalda cuando pienso demasiado en esa comparación.

—Gracias. — le digo a mi amiga, que amablemente me tapa el sol de los ojos mientras la miro de arriba abajo. —Y tú también estás sexy. Como una gatita ahogada muy caliente y muy mojada.

— ¡Gatita!

—Pensé que 'rata ahogada' era un insulto.

—Lo tomaré. — dice Jax, dejándose caer en la tumbona que le reservo. He empacado una pequeña hielera con agua y bocadillos, y ella inmediatamente la adora. —Vaya, gracias, mama. — dice entre un bocado de sándwich de queso y tomate que he preparado en la pequeña tienda de comestibles del complejo.

—De nada.

—Entonces, Brooks tiene una lección de naturaleza con los niños en DragonZone después del almuerzo, pero después de eso, está libre. ¿Te apuntas a una excursión para buscar comida?

Sonrío aunque tengo los ojos cerrados mientras disfruto del calor y los rayos. —Vas a pasar cada momento de vigilia con ese hombre, si es posible. ¿Estás segura de que es solo una aventura? ¿Estás segura de que no estás llenando todos los momentos posibles para no tener que pensar en las consecuencias de saltarte tu boda?

Jax levanta un hombro, pero no puede engañarme al girar la cabeza para comprobar su expresión. La sonrisa que se dibuja en su rostro es un claro indicio.

—Te gusta. — digo.

—Sí. Pensaba que esto iba a ser solo una cosa casual de vacaciones. Incluso le conté a Brooks mis extrañas circunstancias, bueno, algunas de ellas y no se inmutó.

Parece feliz, algo que no he visto en ella desde hace tiempo. Puede que sea una modelo de éxito por derecho propio, pero su vida en Estados Unidos está fuera de control. Sin tener la culpa, se ha visto envuelta en los negocios turbios de su padre productor musical. Es realmente espantoso las expectativas que ponen en ella. Tengo la sensación de que Jax va a prolongar su estancia en la isla.

—No es el tipo habitual. — digo, pensando en Brooks, un poco nerd, y su tendencia a hablar interminablemente sobre pájaros, flores, ranas arborícolas.

De repente, otra presencia tapa el sol. Miro hacia arriba y la silueta familiar de Austin Fisher se recorta contra el cielo azul del Pacífico Sur. —Hola. — le digo.

—Tenemos que hablar. — dice.

—Sí, tenemos que hacerlo. — digo.

— ¿Has terminado con tu lista de pros y contras?

—Sí.

Si pensaba que este día no podía ser más raro, ahora me secuestran.

Austin me ha arrojado una manta de playa y me está levantando en el aire sin decir una palabra más.

— ¿Qué estás haciendo?

No lo dice. Simplemente me da un susto de muerte al echarme al hombro y llevarme lejos de la playa, envuelta en una manta como un burrito.

—Ya has tomado suficiente sol.

— ¡¿A dónde me llevas?!

—Fuera del sol.

— ¿Puedes bajarme, por favor? ¿Y ser más específico?

Austin me deja en el suelo cuando llegamos a un grupo de árboles a la sombra alejados de la playa.

Resoplo con disgusto y me desenvuelvo, empujando la manta hacia él. — ¿Era necesario?— gruño. —Puedo hablar contigo perfectamente desde mi tumbona en la playa.

—No con esa ropa, no puedes.

—Es una sección de la playa solo para adultos. No voy a corromper a nadie estando ahí con un traje de dos piezas.

—Mi Dios, no es un traje de dos piezas. Apenas es de una pieza.

—Gracias, no estaba segura de poder llevarlo, pero ahora que está recibiendo terribles críticas por tu parte, me lo quitaré y llevaré mi caftan durante el resto del viaje.

Aprieta los dientes y me dice: —No sabes lo que haces. No entiendes a los imbéciles que vienen aquí. Todos te miran fijamente. Es una falta de respeto.

—Bueno, ese es su problema, no el mío. Y sí sé lo que estoy haciendo. Ni siquiera sabes lo que estaba pasando ahí. Ese tipo fue enviado aquí por mi padre para disuadirme de la inseminación artificial. Créanme, no hice nada para llamar su atención y ya no nos molestará más.

Esta noticia lo desconcierta. — ¿Lo era? ¿Quieres que me deshaga de él?

Todavía enojada como una gallina mojada, bramo: — ¡Puedo cuidarme sola!

Austin señala agresivamente hacia la playa. — Los tipos así no van a hacer nada profano contigo en la playa al aire libre. Van a esperar hasta que te atrapen a solas, de noche o en un lugar privado, se abren paso hasta tu habitación y luego se aprovechan de ti. Te dominan.

—Estás llegando. — digo.

Austin se pasa las puntas de los dedos de ambas manos por el pelo y suelta un extraño gruñido que suena gutural.

—No lo estás consiguiendo.

—Este lugar está plagado de seguridad. Estoy bastante segura de que hay cámaras por todas partes.

—Esa no es mi principal preocupación.

Agito los brazos con exasperación. — ¿Entonces cuál es su mayor preocupación, capitán Fisher?

—Que no soporto que no tengas ni idea y que otro imbécil coquettee contigo.

Mis ojos se dirigen a la cara de Austin, que parece feroz. —Estás celoso.

—Maldita sea, sí. — gruñe.

Nos miramos fijamente durante medio minuto, sin que ninguno de los dos diga nada. Enormes arbustos de flores rodean el pequeño bosquecillo de árboles; la arena se siente fresca bajo mis pies.

Me giro y miro, pero no puedo ver la playa desde aquí. El paseo marítimo está a unos diez metros.

Una brisa fresca del océano corre, haciendo que una hoja de palmera roce mi cuerpo. Mis pezones reaccionan ante el ligero e inesperado contacto. La mirada de Austin cae, y lo ve. Mis pezones son probablemente las luces altas en este momento. Qué patético es que esté tan excitada que el follaje me excite.

—Voy a volver a salir a nadar. — digo, sin poder ocultar mi sonrisa de satisfacción. Solo quiero ver lo que Austin podría hacer. La mirada indómita de sus ojos me está excitando, y quiero ver hasta dónde puedo llegar.

Me agarra por debajo del brazo. —No en eso, no lo harás.

—Detenme, entonces. Te reto. — Puedo sentir mis labios palpitando de sangre, y mis manos pican para tocar ese pecho frente a mí.

Lo siguiente que sé es que estoy apoyada contra una palmera, con las manos de Austin en mi pelo y su boca presionada contra la mía en un beso abrasador. Si me preguntaba lo celoso que estaba, ahora lo sé. Está tan celoso que está enojado. No me está haciendo daño, pero me está besando tan fuerte que mi espalda casi desnuda siente cada golpe en el tronco de este árbol, y su pecho está plano contra el mío. Supongo que se ha cumplido mi deseo. Subo mis manos por los costados de Austin, acariciando su espalda y llegando a los lados de su pecho. Me besa como un hombre en llamas, con su lengua entrando en mi boca con insistencia.

Se retira y sigue teniendo esa mirada salvaje en los ojos. Austin mantiene sus manos atrapadas en mi pelo y arrastra besos húmedos y sensuales por mi cuello. Me siento abrumada por su enorme

Sotelo, gracias K. Cross

urgencia. Si tenía alguna duda de que era un objeto de su deseo, esas dudas se desvanecen.

Sabe a mar salado, y se abalanza sobre mí tan profundamente que quiero ahogarme en su tacto, su sabor, su hambre, su boca exigente.

—Sierra. — El mero hecho de oírle decir mi nombre hace que salten chispas por todo mi cuerpo.

—Capitán.

Me sonrío perversamente, apretando su pelvis contra mí. —Me gusta que me llames así.

—Capitán, ¿me vas a dejar volver a la playa?

—No hasta que te separe tan bien que no habrá un hombre o una mujer en esta isla que no me huela sobre ti y sepa que eres jodidamente mía. Mía. Ahora, vamos a tu habitación.

Me muerdo el labio, pensando.

— ¿Qué tienes en mente, dulce Sierra?

—Dije que quería volverme loca en mi luna de bebé.

Cuando digo la palabra “bebé”, siento la larga y gruesa vara sacudirse contra mi pelvis.

Retumba: — ¿Aquí? ¿Afuera?

—Nadie puede vernos.

—Pueden oírnos.

—Bueno, capitán, va a tener que controlarse cuando lo haga gritar mi nombre.

Me mira, con los ojos entrecerrados, mientras un gruñido bajo vibra en su pecho. —Jódeme. — dice.

En respuesta, deslizo mi pierna por la parte exterior de su muslo. El Capitán Fisher tiene mis piernas envueltas alrededor de sus caderas y reclama mi boca una vez más sin decir otra palabra.

Sin aliento, se retira lo suficiente como para meterse entre nosotros y tirar de la braguita de mi bikini hacia un lado. —Joder, esto

no es más que una cuerda. — La rasga como si fuera una cuerda de guitarra, y el contacto de sus ásperos dedos con mi sensible piel provoca una oleada de resbalones por todos mis pliegues.

Hago un mohín. — ¿No te gusta?

Austin Fisher es un hombre sucio, sucio y celoso, y no lo querría de otra manera. Me sostiene la mirada mientras sus manos exploran, los dedos tantean, su pulgar rodea mi clítoris. Jadeo cada vez que toca ese punto apretado y doloroso que solo se vuelve más necesitado con nuestro forcejeo. No miro hacia abajo, sino que me concentro en sus ojos; oigo cómo se baja la cremallera. Y luego suspiro cuando saca la polla. Me relamo los labios; los suyos se separan por la excitación. Su brazo se mueve y se flexiona, y sé lo que está haciendo. Estoy locamente celosa de esa mano que acaricia.

— ¿Cómo te atreves a tener celos de los hombres que charlan conmigo cuando esa mano codiciosa te está agarrando a ti en lugar de a mí?

Con un gruñido de esfuerzo, me encuentro totalmente sentada sobre su polla sin otro aviso. Estoy llena, conmocionada y excitada más allá de lo razonable. Apenas registro el roce de la corteza del árbol contra mi espalda. No hay nadie ni nada más que nosotros. Austin y yo. Urgente. Rápido. Rudo, pero también dulce.

Un empujón hacia arriba me recuerda que estoy contra un árbol. Intento no hacer una mueca de dolor por el rasguño, pero Austin lo ve e inmediatamente se pone en modo cuidador. —Bebé, ¿estás bien?

Sin aliento, le digo que estoy bien. Pero no me cree, y ahora estamos cambiados. Está contra el árbol y yo todavía lo sigo montando. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es que este hombre tiene el tipo de fuerza en la parte superior del cuerpo?

Oh, pero otro empujón dentro de mí, y me olvido de todas mis preguntas lógicas. No sé cómo va a empujar Austin mientras me balanceo sobre él como un mono aullador, pero de alguna manera se las arregla. —Alcanza el árbol y agárrate a él.

—Sí, sí, capitán.

—Tienes que besarme con esa boca inteligente.

Sotelo, gracias K. Cross

¿Qué opción tengo cuando esos labios suyos me hacen débil?

Se siente extraño mirar a Austin desde este ángulo. Es increíblemente fuerte.

Los músculos de su pecho y sus brazos se tensan bajo el esfuerzo, pero no podría convencerlo de que me baje aunque lo intentara. Y no quiero hacerlo.

La fricción es intensa. Tanto que siento que estoy más cerca de correrme con cada deslizamiento. Agarro su pene mientras nos movemos juntos, y suelta una maldición,

Aprieto su centro con mis muslos. Sus manos acarician mis redondas mejillas, manteniéndome en su sitio.

Mi duro botón roza su ingle una y otra vez. Cuando Austin aparta la tela de la parte superior de mi bikini con su cara, encierra su boca en un pezón. Basta con una rápida caricia de su lengua, combinada con nuestra fricción compartida, para que me corra en sus brazos. — ¡Oh, mi Dios, santa mierda, sí!— La liberación casi hace que me olvide de aguantar, pero Austin es un soldado.

Las paredes de mi sexo se tensan alrededor de él y veo en sus ojos que está a punto de correrse.

Como todo un caballero, Austin me advierte.

Está a punto de correrse, su cara es un signo de interrogación. Es cierto, aún no hemos terminado la conversación. Pero le doy mi respuesta apretando las piernas, haciéndole saber que no estoy jugando. Puede quedarse dentro de mí. Liberarse dentro de mí. Poner un bebé dentro de mí, como le gusta decir.

Un gruñido se le escapa de la garganta, y veo el momento exacto en el que se produce. Parece que se le ha borrado la memoria, sus ojos se quedan ligeramente vacíos durante medio segundo. Mientras su cálida semilla salpica mi núcleo, le recuerdo dónde está con un beso de posesión. Bebo el bajo estruendo del placer mientras mi coño ordeña hasta la última gota de él.

—Sierra. Bebé. — Y ha vuelto.

Sonrío, besando toda su cara, susurrando. —Capitán. ¿Dónde has ido?

Sotelo, gracias K. Cross

Mientras beso y beso un poco más, suavemente me levanta y me deja en el suelo, ayudándome a ajustar mi traje de baño para cubrir las partes esenciales.

Me abraza con fuerza. —Me perdí por un momento. Me has hecho perder el control de mí mismo, Sierra.

Suspiro y apoyo la cabeza en su pecho. —Fue la primera vez que lo hice al aire libre. O de pie contra un árbol.

—Espero que esta luna de bebé esté llena de primeras veces para ti, Sierra.

—Esa fue mi primera vez sin condón.

—Para mí también. Se siente diferente.

—Se siente increíble.

—Amigo, tengo una larga lista de primeras veces que puedes ayudarme a marcar.

—El Capitán está a tu servicio.

Capítulo 12

AUSTIN



Para sorpresa de nadie, ninguno de los dos se unió a Jax y Brooks en su gira de búsqueda de comida esa tarde.

Ya estamos sudados y demasiado enredados en las sábanas como para ir a cualquier parte.

El acalorado encuentro en la palmera continuó en la cama del hotel de Sierra, donde seguimos con otra ronda contra la puerta de la habitación del hotel y luego en la cama hasta que ambos nos desmayamos de cansancio.

Tengo el brazo dormido y me muero de sed, pero no quiero moverme. Una vez más, la veo dormir. Esta vez, de forma menos irregular. Sigue pareciéndome un ángel, pero uno sin absolutamente nada que le preocupe.

Mientras duerme, suspira satisfecha y se acuesta de nuevo en mí, con su lindo culito presionando mi pelvis. No debería despertarla, pero mi polla tiene otras ideas. Se agita y se endurece contra su piel, y lo siente.

—Me sorprende que todavía seas capaz de hacer eso. — dice Sierra con su voz sexy y somnolienta.

Beso su nuca y Sierra se estremece contra mí. Le rodeo la cintura con un brazo y la aprieto contra mí.

—Estoy desnudo en la cama con la madre de mi futuro hijo. Está feliz de recibir tanta atención.

Sotelo, gracias K. Cross

Se ríe, y la vibración me excita aún más. Me empujo contra ella, deslizo mi mano hacia abajo y la acaricio entre sus piernas. Sierra suspira.

Le susurro al oído. —Tengo un secreto.

—No me gustan los secretos.

—Este es uno bueno. He estado buscando en internet las posiciones más efectivas para quedar embarazada. Y nunca adivinarás.

—¿Qué?

—Es una que aún no hemos probado.

Suspira y se gira para mirarme. —Mira. No tengo la energía para la vaquera inversa ahora mismo o lo que sea...

La silencio con mi beso, comunicándole con mis toques y labios que no tendrá que hacer nada.

—Recuéstate y deja que yo me encargue.

Que se me ponga tan dura después de haberla complacido hace poco es casi impensable. Sin embargo, con Sierra, mi cuerpo solo quiere adorarla cada momento del día. Hace unos pocos días, ella era mi droga, y no podía tener suficiente. Ahora ella es mi sustento. Mi todo.

Subo mi mano desde su centro para acariciar su cara, dándole dulces besos en su rostro. Luego, cogiendo sus pechos, chupo lentamente cada uno de los pezones, emocionándome al ver cómo se tensan y necesitan más. Mi mente los imagina llenos y redondeados para alimentar a nuestro hijo.

Deslizo las yemas de los dedos por su suave vientre hasta acariciar de nuevo la unión entre sus muslos, maravillado por la humedad de Sierra. Es como si estuviéramos hechos el uno para el otro. Me pongo encima de ella y la atrapo con mis brazos, acurrucándome entre sus piernas.

—Ooh, misionero. Eres un bicho raro. — se ríe.

Está bromeando, pero soy un bicho raro. No tiene ni idea de cuánto tiempo o cuántas veces puedo meterla y mantenerla adentro.

Sotelo, gracias K. Cross

Capítulo 13

SIERRA



Sé que no se trata de una posición del misionero común y corriente en cuanto Austin me pone las muñecas por encima de la cabeza en el colchón. Su mirada se fija en la mía mientras desliza la punta hacia dentro. Hasta ahora, hemos estado follando. Contra el árbol, contra la puerta, yo montando sobre él y montando su polla como en un maldito rodeo. Pero esto es hacer el amor.

Una vez más, me penetra, pero sé que esta vez es diferente. Hay algo diferente en sus ojos esta vez. La bestia frenética se ha calmado, y ahora todo lo que veo es el verdadero hombre que lleva dentro: la firmeza a mi suavidad, el aventurero a mi cautela, el guardián de mi corazón.

Poco a poco, Austin me recuerda cuál es mi lugar.

Me arqueo hacia arriba para tomarlo más, pero me lo da tan lentamente que se me forman lágrimas en los ojos.

— ¿De quién eres? ¿De quién eres chica?

—Tuya. — susurro.

— ¿Con quién vas a hacer un bebé? ¿Quién es el papá?

Mi cuerpo me pide más. —Tú eres el papá. Por favor.

—Por favor, ¿qué?

—Capitán. Por favor, capitán.

Sotelo, gracias K. Cross

Finalmente empuja hasta la empuñadura, y aunque no es nuestra primera vez, jadeo ante la sensación.

Es tan bueno. Austin es tan bueno. Y no solo el buen sexo. Sabe cómo tocar, provocar y besar. Su cuerpo me habla y sabe lo que quiero. Pero más que eso, me siento segura. Cuidada. Querida. Segura y protegida.

Espero que comience los deliciosos movimientos, pero al principio se queda quieto, dejando que me sienta llena de él. Austin me acaricia el cuello. —Sierra. Yo...

Se detiene, y entonces veo por qué. Su manzana de Adán sube y baja mientras traga.

—No lo reprimas. Di lo que tengas que decir.

Por un momento, me preparo porque estoy esperando malas noticias. Me preparo para que me diga, incluso mientras está sentado dentro de mí, que me va a echar de menos. Que esto ha sido divertido, que ha sido real, pero... ¿en serio? ¿El hijo de puta me va a decir adiós mientras está en medio con su polla?

Sus ojos están tristes. —No quiero que te vayas.

Está tan cargado de sentimientos que ni siquiera puedo enojarme porque intente despedirme con delicadeza. No puedo enojarme porque, por supuesto, esto va a seguir su curso.

Tiene una vida aquí. Tengo una vida en Estados Unidos. Nuestro bebé será nuestro y, de alguna manera, conocerá a su hijo. Pero realmente, esta relación no puede continuar así.

Le devuelvo la sonrisa con tristeza. —Ojalá pudiera quedarme en el paraíso para siempre.

—Hazlo. Quédate conmigo.

Jadeo. —Austin.

—Sierra, te amo. No quiero que esto termine. Ni ahora, ni dentro de un mes, ni cuando llegue el bebé. Nunca. Te quiero, y ese es el final de la historia. Te amo, y quiero estar contigo, y quiero criar un bebé contigo. Quiero poner cinco más en ti.

— ¡Austin!— Suelto una risita. — ¿Cinco?

Sotelo, gracias K. Cross

Sonríe y dice sin aliento: —Si eso es lo que quieres.

Las lágrimas salen de mis ojos y bajan hasta mis sienes. —Pero, ¿cómo... cómo... solo cómo?

Austin me suelta las muñecas y me coge la cara, besando mis labios profundamente, con seriedad, y luego me besa para quitarme las lágrimas.

—Lo resolveremos. Juntos. ¿Confías en mí?

Asiento.

Comienza a moverse dentro de mí, y nunca he sentido una conexión tan estrecha con nadie. Nuestras miradas permanecen unidas. Austin me cubre los brazos con los suyos, y el peso de ellos, sintiéndolo en todas partes como una manta, me tranquiliza. Todo va a salir bien, más que bien. Todo va a ser extraordinario.

—No va a ser fácil. — digo.

Austin parece no oírme mientras se aparta ligeramente y vuelve a entrar, con firmeza, con cariño.

—En cuanto a mí. — susurra. — Voy a hacer que todo sea lo más fácil posible. No tienes que preocuparte por nada.

—Ya he oído eso en alguna parte. — comento.

Nuestros movimientos compartidos adquieren el conocido ritmo sensual, y toda la conversación se detiene, sustituida por gemidos, ronroneos y jadeos.

En algún lugar suena mi teléfono, pero no contesto. Sé que no es Jax; está con Brooks, y puedo decir sinceramente que me siento bien sabiendo que está pasando tiempo con él. ¿Quién iba a decir que mi glamurosa amiga se enamoraría de un tímido naturalista que sabe más de bichos que de mujeres? La verdad es que me siento aliviada.

En cuanto a mí, todas las preguntas sobre lo lógico de este plan de quedarme de vacaciones para siempre, con Austin, se desvanecen en el fondo. Todo lo que hay en este momento somos él y yo.

—Es el camino de la isla, cariño.

Sotelo, gracias K. Cross

Epílogo Uno

SIERRA



Seis meses después...

Así que, sí. Me quedé en las islas Pearl Crescent.

Mi ligero bulto de bebé y yo nos mudamos a la casa de Austin en Pearl Island para estar cerca de un médico.

Me parecía perfectamente bien la idea de instalarme en una de las islas más pequeñas y contratar a una comadrona de uno de los pueblecitos de la montaña para que me ayudara a dar a luz, pero Austin no quiso ni oírlo.

Con todo lo que le sucedió a Jax, estoy más que feliz de llevarla a ella y a Brooks a la sección más remota de The Pearl Crescent para vivir nuestros días. Me estremezco al pensar en lo que les habría pasado si no hubiera contestado mi teléfono, eventualmente, cuando ella más me había necesitado. Mientras Austin y yo estábamos enredados en la cama, conociéndonos el uno al otro, había asumido que Jax y Brooks se estaban enamorando en la selva. Poco sabía de los peligros que se cernían sobre ellos.

Hasta el día de hoy tengo que recordarme a mí misma: —Todos están bien. Todos estamos a salvo ahora.

Jax y Brooks están de acuerdo con Austin en que debo dar a luz en la isla grande. Y no puedo discutirlo. Austin es un novio cariñoso y

Sotelo, gracias K. Cross

quiere protegerme. Jax y Brooks son tan buenos como una familia, y sé que estarán aquí para apoyarnos en todo lo que se nos presente.

He tenido que solicitar la residencia permanente aquí. Como Austin no nació aquí, es todo un proceso, pero él ha hecho un excelente trabajo ayudándome a navegar por el sistema. Y nuestro hijo tendrá doble nacionalidad.

Aunque mis padres me han amenazado con dejarme de lado, no importa mucho porque el fideicomiso que me dejaron mis abuelos cubrirá cualquier cosa que necesite este bebé. Me ofrezco a buscar un trabajo, pero Austin no quiere ni oír hablar de ello, al menos hasta que encuentre algo que me guste. Lo que quiero hacer es un voluntariado.

Esta noche, vamos a usar su ducha al aire libre, escondida en su patio trasero. Es un espacio precioso, y tengo grandes planes para él. Está frotando una esponja vegetal enjabonada sobre mi barriga cuando recuerdo extrañamente a los caballos.

—Oh, eso me recuerda. He visto algo en Internet sobre un terapeuta que utiliza burros como terapia. Podría ver si necesitan voluntarios para cuidar a los animales.

Austin arquea una ceja hacia mí. — El hecho de que te frotara te recordó eso, ¿cómo? Espera, déjame adivinar. ¿Aseo de burros?

Asiento y suelto una risita. —Ya conoces mi número.

Austin pasa la suave esponja por mis pechos, que han aumentado mucho desde que estoy embarazada. —Nada de trabajar o ser voluntaria hasta que nazca el bebé. Y solo si quieres.

Hago un mohín. —Pero quiero hacerlo ahora.

Sus ojos se oscurecen. —Si pasas tiempo con los burros, no volveré a verte.

—Eso no es cierto. Iré cuando tengas que trabajar. No tengo nada más que hacer por aquí que planear la boda.

—A mí futura esposa le gusta estar ocupada atendiendo a todos los que la rodean.

Lo espero, porque sé lo que sigue. Y lo consigo. Austin arrastra la esponja entre mis piernas y pasa suavemente. Jadeo ligeramente y

alargo los brazos para abrazar su cuello mientras hago equilibrio con el pie en el banco de la ducha.

—No. Siéntate. Voy a atender a mi esposa.

Al segundo siguiente, estoy sentada con mis dedos agarrando el pelo de Austin con su cabeza entre mis piernas. Esto sucede siempre que nos duchamos juntos. Y si estamos en casa, ninguno de los dos se ducha solo.

Su boca devora mi coño, llenando todo mi cuerpo de tantas sensaciones que puedo sentir cómo mi espíritu abandona mi cuerpo. Cuando sus labios encuentran mi clítoris, lo acaricia suavemente, lamiéndolo hasta que mis muslos empiezan a temblar. Lo succiona en su boca, y me corro.

— ¡Austin!— Grito.

Responde con un gruñido y me río mientras mi cuerpo se sacude por mi intensa liberación.

Minutos después, me da de comer helado mientras mis piernas se apoyan en su regazo.

Suspiro. — ¿Quieres hablar de la lista de invitados o de los nombres del bebé?

Se lo piensa. —Los invitados a la boda. Vienen mi hermano de Santa Fe y su mujer.

—Bien. — digo, hojeando mi agenda. —Los tengo apuntados.

Austin me mira con recelo. — ¿Han respondido ya tus padres?

Hago una mueca. Han pasado meses desde que los vi cuando volé a casa para empacar mi condominio y les conté la noticia de que había encontrado el amor en medio del Pacífico Sur.

—No.

— ¿Deberíamos trasladar la boda a Estados Unidos? ¿Les haría felices?

Suspiro y sacudo la cabeza. —Nada les hará felices a menos que vuelva a casa y me haga cargo del negocio familiar. Así que eso no sucederá. Pero lo seguiré intentando. Tarde o temprano, se darán

Sotelo, gracias K. Cross

cuenta de que están a punto de ser abuelos, y no podremos mantenerlos alejados.

—Espero que tengas razón. Así que vamos a marcarlos como un sí por si acaso tienen un cambio de opinión de última hora.

— ¿Jax y Brooks?

Me río. —Si alguna vez salen de su capullo de amor, entonces tal vez. — digo. —Como son el padrino y la madrina, vamos a planearlo.

Finalmente, pasamos a los nombres de los bebés.

Digo: —Si es un niño, Kipling. Si es niña, Jules.

Austin me mira fijamente durante unos instantes. —Entonces, tus padres podrían ser un tema más divertido.

Le doy un golpe en el hombro de forma juguetona.

—Bien, ¿qué sugieres?

Se queda pensativo. — ¿Ralphie?

— ¡Vamos!

— ¿Burke Belcher?

—Oh mi Dios, no puedes dejar de pensar en ese tipo, ¿verdad?

Austin me ataca con la mayor brusquedad que se permite con mi nueva barriga.

Con cuidado de no poner peso en mi barriga, me da un beso caliente y reivindicativo en la boca.

— ¿Sigues estando celoso aunque sea tu bebé el que está dentro de mí?

Gruñe y mete su rodilla entre mis muslos, subiéndola deliciosamente.

—Mía. Siempre y para siempre.

—Todo lo que quiero es a ti y a nuestro bebé, Capitán.

Austin me sube a su regazo y me aprieta contra su pecho, besando mi frente. — ¿Sabes lo que pienso? Creo que ha llegado el momento de una verdadera luna de bebé.

Sotelo, gracias K. Cross

Lo miro con escepticismo y le pregunto a qué se refiere.

—Ahora que estás embarazada, es el momento de pasar unas últimas vacaciones juntos antes de que llegue el bebé. A cualquier lugar que quieras ir. Dilo. Volaré hasta ahí.

—A Santa Fe. Quiero conocer a tu madre antes de la boda.

Se ríe y me da un dulce beso helado. — La familia no son exactamente unas vacaciones, cariño.

Pasando una cuchara de helado por su nariz y luego lamiéndola, le digo la verdad que necesita saber. —Contigo todos los lugares son vacaciones, capitán.

Epílogo Dos

AUSTIN



Cinco años después...

Sierra, Jax, Brooks y yo hemos iniciado una tradición en la que celebramos juntos nuestros aniversarios de boda.

En años anteriores, los cuatro más mi hijo y el de Sierra, Kiran, nos contentábamos con una cabaña con techo de paja en el remoto Severed Key. Eran tiempos más sencillos. Pero ahora, entre nuestras dos familias, podemos estar provocando una explosión demográfica en las islas Pearl Crescent.

A Kiran se le ha unido una hermana, Sidney. El de cuatro años y la de dos son demasiado intrépidos y necesitan una supervisión constante. Para que nos sintamos relajados y disfrutemos de unas verdaderas vacaciones, hemos alquilado una villa en DragonZone, el sector familiar del Cerulean Resort.

En cuanto a Jax y Brooks, sus dos hijos, Lief y Kai, son aún más difíciles de manejar.

Estamos criando a cuatro niños salvajes de la isla que son expertos nadadores, intrépidos escaladores y adeptos al paddle-board. El personal de DragonZone tiene mucho trabajo por delante.

Este día, los cuatro adultos nos hemos estacionado en el bar tiki frente a la playa, no muy lejos de donde los niños están haciendo

Sotelo, gracias K. Cross

castillos de arena con un montón de otros visitantes y personal del complejo.

Como es lógico, Sierra siente la necesidad de girarse y comprobar cómo está la pequeña Sidney, que es muy probable que se aleje del grupo.

Me acerco a ella y le aprieto la mano. — ¿Alguna vez te arrepientes de no haber vuelto a Estados Unidos? No es demasiado tarde.

Sierra dirige su mirada hacia Jax y Brooks, que sin duda vivirán sus días aquí en las islas. Puede que volver nunca sea seguro para ella, pero especialmente para Brooks.

Mi pregunta debe haberle recordado algo, porque se toma un momento para enviar un mensaje. —Estoy enviando algunas fotos de los niños a mis padres y a tu madre.

Vuelvo a apretar su mano, porque sé que su decisión de quedarse aquí no fue bien recibida por su familia. Aunque se han acercado a ella por los niños y seamos sinceros, los niños son un gran amortiguador para la familia que juzga, la distancia ha hecho que los niños no reciban suficiente tiempo de los abuelos tradicionales.

—Así es como yo lo veo. Tu madre no está hecha de dinero, y sin embargo te visita tan a menudo como es capaz de ahorrar el dinero, rechazando cualquier ayuda. Mis padres están jubilados, con mucho dinero. Podrían retirarse aquí o visitarnos todo lo que quisieran, pero rara vez lo hacen. — dice Sierra. —La vida se basa en quién y para qué sacas tiempo. Lo tradicional no funciona para mí. ¿Criar a nuestros hijos casi al cien por cien al aire libre, con toda una isla llena de gente cuidando de ellos, como inconformistas totales que pueden crecer para ser lo que quieran? Supera con creces cualquier configuración familiar tradicional. Nos arriesgamos y no miramos atrás.

Mi corazón se hincha de amor por esta mujer. Me enamoré de ella en el instante en que nos conocimos y, aunque intenté resistirme, me enseñó a soltar el dominio que tenía sobre mis emociones.

Sierra ve la extraña expresión de mi cara; no puedo ocultarla cuando me asfixio, pensando en que no hemos tenido más que tiempo

para conocernos estos últimos años. No doy por sentado ni un solo segundo. — ¿Qué tienes en mente, cariño?

—Lo que está en mi mente es que nunca estuve seguro de tener una esposa, una familia y amigos de verdad. Todo el mundo en mi vida hasta que te conocí ya estaba casado y con hijos. Muy por delante de donde quería estar. Pero este lugar está lleno de familias encontradas de diferentes orígenes. — comento. —Solo que nunca pensé que encontraría la mía.

Fin...



Sotelo, gracias K. Cross